

**URBANISMOS Y ARQUITECTURAS DE LA OPULENCIA.
GEOGRAFÍA POLÍTICA Y ECONÓMICA DE LOS IMAGINARIOS
DEL PRESTIGIO EN LA CAPITAL DEL YUCATÁN**

*URBANISM AND ARCHITECTURE OF OPULENCE. POLITICAL AND
ECONOMIC GEOGRAPHY OF THE PRESTIGE IMAGINARIES IN THE
CAPITAL OF YUCATÁN*

Rafael Cuesta Ávila*

Universidad Miguel Hernández de Elche (España)

Resumen

La propuesta de partida del presente estudio apunta al análisis de la geografía de la desigualdad en la construcción del espacio de la ciudad, expresada materialmente a través del urbanismo y la arquitectura como formas de representación del poder y la riqueza de las élites dirigentes. En este sentido, la opulencia como signo distintivo del prestigio es un concepto polisémico que cambia en el tiempo y en el espacio. Desvelar el orden institucional que subyace a la construcción de las ciudades a través de la opulencia implica revelar los idearios hegemónicos que justifican la desigualdad urbana, impidiendo el acceso a las bases políticas de la ciudad democrática. Aplicando el aparatage metodológico planteado desde la perspectiva teórica de la economía política institucional sobre el espacio urbano de la capital de Yucatán, cabe observarse distintas acepciones de la opulencia empleadas para delimitar las fronteras entre la ‘ciudad de los ricos’ y la ‘ciudad de los pobres’.

Palabras clave: Economía política institucional. Geografía de la desigualdad. Urbanismo y arquitectura de la opulencia. Estrategias del prestigio de las élites del poder. Mérida yucateca.

* Profesor titular de Antropología social en la Universidad Miguel Hernández de Elche. Doctor en Antropología social y licenciado en Sociología y Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid.

Abstract

The proposal of departure of the present study aims at the analysis of the geography of the inequality in the construction of the space of the city, expressed materially through the urbanism and the architecture like forms of representation of the power and the wealth of the ruling elites. In this sense, opulence as a distinctive sign of prestige is a polysemic concept that changes in time and space. Unveiling the institutional order that underlies the construction of cities through opulence implies revealing the hegemonic ideals that justify urban inequality, preventing access to the political bases of the democratic. Applying the methodological apparatus proposed from the theoretical perspective of the institutional political economy on the urban space of the capital of Yucatan, it is possible to observe different meanings of opulence used to delimit the boundaries between the 'city of the rich' and the 'city of the poor.'

Key words: Institucional political economy. Geography of inequality. Urbanism and architecture of opulence. Prestige strategies of power elites. Mérida yucateca.

1. EL ABORDAJE DE LA CIUDAD DESDE LA ECONOMÍA POLÍTICA INSTITUCIONAL

La perspectiva teórica centrada sobre el análisis del prestigio del consumo en la clase ociosa empezó a formar parte de la literatura de las ciencias sociales a partir de las reflexiones incorporadas por el economista Thorstein Veblen, para ser desarrollada sobre todo en el campo de la sociología y la antropología social de orientación institucionalista. Este planteamiento parte del presupuesto de que los seres humanos creamos las instituciones que gobiernan nuestros comportamientos, y al mismo tiempo éstas nos construyen de una manera concreta, del tal modo que simultáneamente somos creadores y criaturas de la realidad que habitamos. De hecho, pensamos, sentimos, decimos y hacemos, dentro de las lógicas de unas instituciones erigidas en cada contexto histórico y geográfico, según unas coordenadas definidas en el tiempo y el espacio. Dichas instituciones son expresadas en formas de convenciones sociales cuya supuesta veracidad nos convence, siempre y cuando coincidamos con los relatos generados desde los poderes instituidos.

Si las instituciones se construyen desde el poder, la institucionalización del poder implica la imposición desde arriba hacia abajo de unas normas que justifican las distinciones de

estatus y privilegios a través de una ideología sobre cuyos cimientos se construyen los imaginarios que explican las lógicas de las prácticas colectivas dentro de un orden legitimado. Situados en el marco de esta propuesta explicativa se aboga por desentrañar la racionalidad institucional desde la que se establecen aquellas reglas del juego en donde participan los agentes sociales. Esta participación, lejos de ser homogénea, se expresa de distintas maneras, bien sea de un modo activo, reafirmando las estructuras dominantes en base a la convicción en los discursos oficiales; de un modo pasivo, reproduciendo las lógicas imperantes a través de la coacción o la seducción; de un modo contractivo, a través de la férrea resistencia a las estructuras impuestas; o bien de un modo reactivo, transformando las pautas instituidas para introducir otras nuevas. De la resultante entre dichas respuestas a las instituciones vigentes se resuelven las distintas actuaciones que deciden los contenidos de la realidad que habitamos.

Partiendo de la base de este enfoque clásico que no deja de ser innovador, se abordará el estudio institucional de la construcción ideológica de la ciudad, como uno de esos escenarios paradigmáticos en donde se representan la opulencia y el prestigio de los grupos dirigentes a través de la producción y el consumo del suelo urbano. Con este propósito se tratará de analizar la proyección simbólica de la ostentación del poder sobre el espacio de la ciudad a través del urbanismo y de la arquitectura de la vivienda, en función de las lógicas hegemónicas representadas por los distintos grupos de poder que han ejercido su dominio político y económico a lo largo de la historia local. En este sentido, cada sector dominante plantea y planea su propia manera de expresar su poder sobre el espacio de la ciudad, dando lugar a distintas geografías y morfologías urbanas que se manifiestan como resultado de una determinada manera de ejercer el control de una minoría sobre la mayoría. Urbanismo y arquitectura conforman pues dos ámbitos de representación del poder utilizados por los grupos dirigentes para manifestar la solidez de sus instituciones, moldeando sobre el espacio construido sus particulares maneras de entender la autoridad, el orden, el poderío, la reputación. La ilustración de esta fenomenología a través de un estudio de caso concreto permitirá entender cómo desde el poder se organiza la ciudad en una u otra dirección en función de determinados códigos, criterios e intereses, para lo cual se hace preciso entrar en el análisis previo de las élites urbanas.

Habitualmente, los estudios sociales desarrollados en el medio urbano tienden a colocar la lente de aumento sobre el colectivo de los ‘pobres’ que se reparten la miseria, dada la mayor accesibilidad y visibilidad que estos estratos suelen ofrecer a la mirada del investigador, en

lugar de ponerse la lupa sobre el conjunto de los ‘ricos’ que acumulan poder y capital. Con ello se obvia el hecho de que para entender las causas de la pobreza en cualquier contexto urbano se hace necesario comprender primero las lógicas de la riqueza, cuyas bases tienden generalmente a ser ocultadas a los ojos de cualquier observador externo que proponga una investigación al respecto, quizás porque tal como insinuaba Honoré de Balzac en ‘La comedia humana’, detrás de toda gran fortuna siempre hay un crimen o un delito que esconder. En cualquier caso, se hace necesario recalcar el hecho de que la edificación de la ciudad de las élites prefigura y configura la construcción de los barrios de la miseria, en un espacio urbano que se (re)produce desde arriba hacia abajo, siempre desde el poder.

Como espacio acumulador de excedentes ya desde el Neolítico, la ciudad ha de ser entendida en términos relativos como un extenso asentamiento urbanizado que contiene a una densa y diversa población dentro de un complejo entramado humano construido sobre el bastidor de la división social del trabajo, en unas condiciones de manifiesta desigualdad en donde ciertos grupos dirigentes centralizan el poder político y concentran la riqueza económica. Dependiendo de la distinta altura del eje vertical que media entre la cúspide opulenta y la base popular, cabe establecerse una variada tipología urbana resultado de las distintas combinatorias posibles entre las formas de gobierno empleadas y los contenidos económicos desarrollados que se institucionalizan en cada contexto a través de distintas convenciones que sirven para justificar el poder.

Por un lado, en relación al modo de gobernanza, la gestión política de las ciudades puede ser desarrollada desde criterios monocráticos, autocráticos, aristocráticos, oligárquicos, democráticos o demagógicos, además de otras modalidades mixtas existentes entre las categorías expuestas, de tal modo que todas estas variantes pueden ser expresadas como arquetipos políticos que imponen un determinado orden sobre el escenario urbano. De hecho, los distintos trazados urbanos dan cuenta de esta variada relación entre política y ordenación espacial, en donde han predominado los modelos espaciales que refuerzan las distancias entre las distintas castas, estamentos y clases sociales, ya sea en forma de guetos, murallas o precios. La historia de las ciudades refleja desde sus más remotos orígenes esta disparidad de principios en las formas del gobierno urbano establecidas entre administradores y administrados, a través de casuísticas empíricas que van desde las despóticas ciudades de las antiguas civilizaciones hidráulicas, a las clásicas ciudades-Estado de signo aristocrático datadas en la época de la Grecia de Pericles o en la Italia del Renacimiento, o las actuales urbes modernas europeas de inspiración democrática. A lo

largo de esta historia de las ciudades, la patente desigualdad entre ‘pobres’ y ‘ricos’ ha sido la tónica general de la dinámica urbana, tendencia que sólo fue parcialmente corregida a partir de la emergencia de unos poderes públicos democráticos capaces de redistribuir los excedentes generados en términos equitativos entre toda la población, evitando de este modo la secular concentración del poder y de la riqueza en los estratos superiores. El cambio institucional de los poderes políticos permitió introducir, no sin grandes esfuerzos, una nueva forma de hacer ciudad en donde las desigualdades pretendieron ser abolidas. Sin embargo, esta solución de carácter igualitaria es muy reciente en el tiempo, y cada vez más difícil de sostener en un contexto urbano de signo neoliberal en donde lo público tiende a su mínima expresión.

Por otro lado, en base a la procedencia de las fuentes de la riqueza, cabe hablarse de agrocidades, ciudades comerciales, ciudades administrativas, ciudades patrimoniales, ciudades industriales, o ciudades de servicios como puedan ser las turísticas, que generalmente son resultado de la puesta en valor del preciado legado del patrimonio local acumulado en el tiempo. En función de la orientación económica de cada ciudad, las instituciones municipales dominantes giran alrededor de los centros generadores de dichas fuentes de riqueza. No obstante, más allá de las tipologías ideales, las realidades locales son producto de una mezcla de actividades económicas, en donde cabe destacarse la centralidad de ciertas funciones dominantes frente a aquellas otras que cumplen un cometido subsidiario o subordinado. En este sentido, no resulta tarea difícil definir los surtidores económicos que alimentan a las ciudades según el caso a concretar, ni identificar las instituciones dominantes que sirven para tal fin. Ciudades como Detroit, Bruselas o Venecia, por poner algunos sencillos ejemplos, son fácilmente reconocibles por el cometido de sus respectivas funciones industrial, administrativa, y patrimonial-turística, dado que tales actividades cumplen un papel prioritario, sin menoscabo de la presencia de otras actividades anexas de tipo secundario.

Introducidas estas breves claves interpretativas, válidas para aplicar a cualquier tiempo y lugar, cabe plantearse una primera aproximación política y económica al análisis de la ciudad desde un punto de vista institucional, teniendo en cuenta que de la resultante del cruce entre ambos patrones teóricos emergen múltiples casuísticas empíricas abordables desde la perspectiva de la economía política. Pero más allá de proseguir con estas disquisiciones abstractas, resulta interesante trasladar tales presupuestos a la investigación de una realidad urbana concreta.

Formas de gobierno		Contenidos económicos
Monocracia Autocracia Aristocracia Oligocracia Democracia Demagogia	<i>Multiplicidad de casuísticas empíricas en función de los cruces generados entre ambas modalidades institucionales</i>	Sector primario: Ciudad minera, agro-ciudad, ciudad ganadera, ciudad pesquera. Sector secundario: Ciudad industrial, ciudad metalúrgica, ciudad de automoción, ciudad maderera, ... Sector terciario: Ciudad de servicios, ciudad comercial, ciudad patrimonial, ciudad turística, ciudad financiera, ...

Tabla 1. Fuente: elaboración propia

2. UNA APROXIMACIÓN AL ANÁLISIS DE LAS ÉLITES URBANAS EN LA CAPITAL DE YUCATÁN

Partiendo de unos planteamientos teóricos de signo institucional, el texto que aquí se presenta aborda el estudio de la circulación de las élites del poder en la ciudad mexicana de Mérida, sita en el Estado de Yucatán, al sur del país, colindante con los Estados de Campeche y Quintana Roo, estando delimitado en su litoral por una amplia franja costera bañada por las cálidas aguas del Golfo de México, ya próximas al mar Caribe. Tomando pues a la actual capital yucateca como observatorio etnográfico, los objetivos trazados en esta investigación pretenden comprender las lógicas de los cambios políticos y económicos operados en dicho contexto entre las distintas clases opulentas que han venido concurriendo sobre el tablero de juego de este espacio urbano, teniendo en cuenta las diferencias observadas en cada uno de estos grupos dirigentes que a día de hoy, si bien con distinto peso, conforman ese ambiguo conglomerado asociado a la élite local, que debe ser entendida siempre como un colectivo plural guiado por distintos intereses, a veces contrapuestos. Conviene advertir que el presente texto no pretende ofrecer un estudio exhaustivo ni al detalle de la construcción de los espacios arquitectónicos y urbanos de Mérida, sino proporcionar un esquema heurístico en base a ciertas coordenadas sociales, políticas y económicas, que sirvan de encuadre para descubrir y describir la geografía urbana de la desigualdad desarrollada en este punto del mundo.

Aplicando las anteriores consideraciones al caso concreto de Mérida, conocida con el sobrenombre de la Ciudad Blanca, cabe plantearse una correlación particular entre formas

de gobierno y fuentes de riqueza dentro de este contexto local, que en nuestro caso remontaremos a los tiempos de la conquista castellana de la península yucateca, a través de la imposición de unas lógicas políticas basadas en la dominación autocrática y en el desarrollo de unas prácticas económicas fundadas en la explotación sistemática de la población indígena maya en una ciudad orientada hacia el agro. Fundada en 1542 por Francisco de Montejo y León, apodado 'El Mozo', Mérida fue uno de los primeros lugares de México colonizado por los españoles. Los descendientes de estos primeros colonizadores de Yucatán constituyeron la tradicional oligarquía terrateniente de base criolla, que a nivel local pasó a ser reconocida con el sobrenombre de la '*Casta Divina*', constituida por una serie de familias acaudaladas de gran influencia política que secularmente establecieron su poder caciquil y clientelar desde la hacienda henequenera, que fuera la base económica de la riqueza de Mérida, asociada por entonces a la prosperidad agrícola de una ciudad dependiente del campo. El esplendor de la opulencia de esta época reflejada sobre el urbanismo y en la arquitectura local se concentraba en el centro capitalino, cuya centralidad política duró hasta su inevitable decadencia a partir del declive del cultivo de plantación del llamado 'oro verde'. A pesar de la pérdida de estatus de esta élite terrateniente, algunos de los insignes apellidos criollos siguieron formando parte del escogido grupo de dirigentes que a día de hoy detentan el poder local.

Coincidiendo con el quebranto económico de los antiguos terratenientes henequeneros, ya en la segunda mitad del siglo XX se asiste al ascenso histórico de la emprendedora etnia de origen libanés, que algunos meridianos conocen como la '*Casta Beduina*', integrada por una serie de familias oriundas de Oriente Próximo que acabaron instalando sus negocios comerciales en la capital yucateca. Su acreditada actividad mercantil a través del trabajo duro al pie de la calle y a plena dedicación, acabaría redefiniendo el papel de la ciudad como un importante emporio comercial a través de la activación de una creciente red de establecimientos de ventas de distintos géneros. A pesar del nuevo contexto económico de la ciudad comercial, el creciente poder mercantil de la 'nueva' casta libanesa acabó reproduciendo, a su manera, las tradicionales formas oligárquicas de la vieja 'casta' criolla, que aunque cada vez más arruinada seguía conservando un influyente peso político. Superados los enfrentamientos iniciales entre ambas 'castas' locales por el poder local, la búsqueda de alianzas y pactos dieron paso a intercambios matrimoniales a ambos bandos, como manifestación de un estratégico intercambio de capitales por títulos. Entretanto, la ciudad asistiría a una importante transformación urbana a través de la conversión del norte de Mérida en la nueva zona de prestigio donde residían los 'nuevos ricos', con la apertura

de un área residencial de lujo en la que solían instalarse los libaneses acaudalados cuando triunfaban en sus negocios. En consecuencia, al norte de la ciudad el valor del suelo y de las casas comenzó a subir de precios hasta alcanzar niveles que pocos se podían costear, erigiéndose en la nueva zona de representación de la distinción. Con la institucionalización del norte como inédita área de la riqueza económica y la decadencia del centro histórico como antiguo espacio de prestigio político, en donde antaño se escenificaba la opulencia de la vieja oligarquía local, el sur de Mérida comenzó a convertirse en un inmenso gueto de pobreza en donde quedaba confinaba la mayor parte de la población indígena que apenas disponían de recursos económicos ni de representación política.

Posteriormente, ya en las últimas décadas del siglo XX, cuando Mérida se convierte en sede de novedosas expectativas empresariales y nicho de nuevas oportunidades laborales, afluye a la ciudad una masiva población de inmigrantes procedentes de otros Estados del interior de México, entre los cuales destacaba la presencia de una nueva clase social de alto estrato formada por un colectivo de empresarios y directivos acomodados provistos de formación técnica y superior, cuyo grueso procedía de la capital de México Distrito Federal (D.F.), razón por la cual fueron conocidos por el gentilicio de ‘*defeños*’. La incorporación de este nuevo grupo dirigente acabó reorientando la economía local hacia una inédita actividad centrada ahora en el desarrollo de la industria-maquiladora, en paralelo a una economía de servicios vinculada a un sector turístico en pujante crecimiento. El alto nivel de cualificación del que hacían gala, sus considerables ingresos económicos y el reconocimiento derivado de su procedencia capitalina (D.F.), convertían a estos recién llegados en una nueva élite local que se distinguía del resto de los grupos dirigentes locales, dando lugar al nacimiento de una poderosa oligarquía que acabaría reforzando la centralidad del norte urbano como espacio ya no sólo residencial, sino también de negocios, al tiempo que introducían una novedosa arquitectura en la construcción de la vivienda a modo de calculada estrategia orientada a la ostentosa exhibición de la opulencia. Sus grandes casas en las mejores zonas de la ciudad, sus deslumbrantes autos de lujo, sus caras y buenas vestimentas, sus altos sueldos, sus desmedidas pretensiones por demostrar el prestigio, y sus actitudes prepotentes, acabaron reafirmando el envidiable estatus social de unos recién llegados que en poco tiempo se fueron haciendo un importante hueco dentro de las élites locales preexistentes.

En todo este recorrido histórico a través de las élites urbanas se observa a modo de constante en la ecuación local la continuidad de una misma forma de gobierno

representado por la vigencia de una poderosa oligarquía, que si bien ha ido cambiando sucesivamente de manos y de rostros a lo largo del tiempo, ha ido ejerciendo su férreo poder en los sucesivos contextos económicos observados en el devenir de la ciudad de Mérida, ya fueran agrícolas, comerciales o empresariales. De este modo, un mismo sistema de gestión política representado por la oligarquía, ha sido capaz de pervivir dentro de un núcleo urbano sometido a sucesivas transformaciones económicas, sin alterar por ello las formas tradicionales de la administración del poder a escala local, dada la secular ausencia de una democratización institucional sobre unos órganos de gobierno que han permanecido esencialmente inalterables frente a las mudanzas económicas que han ido transformando la configuración de la ciudad.

Al hilo de estas consideraciones, conviene tener presente que la composición de los grupos privilegiados, como sucede en el caso de Mérida, suele ser mucho más heterogénea de lo que de manera general se acostumbra a presuponer, hasta el punto de que cada una de las distintas facciones que aspiran al control del poder político y de la riqueza económica generada a nivel local parten de códigos bien diferentes en torno a los conceptos del honor, la reputación, el prestigio, la autoridad, la opulencia, ... en unas valoraciones que a veces se muestran en manifiesta relación antagónica. En este sentido, aunque la oligarquía sea una forma compartida de ejercer el poder, sus contenidos varían de una élite a otra, en una lógica de distinciones que también aceptan aproximaciones. Así, en el juego de las relaciones de poder establecidas entre la tradicional oligarquía criolla, la emergente oligarquía libanesa y la novedosa oligarquía '*defeña*', se constatan tanto lizas como alianzas, conflictos como pactos, oposiciones como negociaciones, que varían en frecuencia e intensidad en cada una de las etapas descritas a nivel local. En cualquiera de los casos, dado que cada uno de los grupos dirigentes apuntados porta consigo un modelo urbano bien definido y unas formas arquitectónicas de la representación residencial en función de sus propios valores, entender las lógicas del poder político y económico en este punto del mundo implica reconocer los rastros de la transformación del espacio meridano observados desde el pasado hasta el presente.

A lo largo del tiempo, y en distintas fases temporales, estas tres élites locales se han venido repartiendo las cuotas del poder económico y político dentro del contexto meridano, si bien representando cada una de ellas distintos pesos y equilibrios según el balance de cada momento histórico. Un análisis más detallado sobre la ascendencia, prevalencia y

decadencia de estos grupos oligárquicos nos pondrá en disposición de comprender los rumbos urbanos y residenciales hacia los que avanza la ciudad de Mérida en la actualidad.

3. EL PODER CACIQUIL DE LA 'CASTA DIVINA' EN UNA CIUDAD AGRÍCOLA DE AIRES COSMOPOLITAS

El significado etimológico de la palabra '*casta*' se remonta al concepto latino de la pureza del linaje, y en este sentido la oligarquía criolla de Yucatán respondía fielmente a esta idea, si bien debe precisarse que el sistema de dominación impuesto por los descendientes de los conquistadores españoles en la península caribeña se basaba en el mantenimiento de un orden estamental de origen feudal que a efectos teóricos no debe ser confundido con la organización social basada en castas, como es el caso de la India, sustentada en un sistema hereditario de estratificación social endogámico. Sin embargo, a efectos prácticos las diferencias entre ambos casos aparentemente distantes resultan nimias, sobre todo en el contexto histórico del Yucatán.

La clase acaudalada más señera de la ciudad de Mérida, de rancia alcurnia autóctona, se identifica a nivel local con los 'viejos ricos' de la élite meridana, cuyos actuales integrantes se consideran continuadores de los intereses de la oligarquía ancestral criolla presente en estas tierras desde los tiempos de la colonización. Su núcleo se ha venido articulando desde aquellas fechas remotas en torno a los apellidos ilustres de unas pocas familias bien avenidas entre sí por el hecho compartir idénticos intereses, como lo han sido los Molina Solís, los Molina Hübe, los Molina Castilla, los Peón Conteras, los Montes, los Méndez, los Peniche, los Cicerol,... todas ellas asociadas a la poderosa '*Casta Divina*', tal y como se la conoce por estos lares. La riqueza acumulada por estos ilustres descendientes de aquellos conquistadores castellanos del Yucatán precolombino fue el resultado de una próspera economía local que, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta mediados del XX., se hizo girar en torno al monocultivo del henequén ejercido desde la hacienda, y soportado sobre la base ideológica de unas instituciones políticas de carácter caciquil y clientelar que reforzaban la indiscutida autoridad de los criollos, a quienes nadie se atrevía a hacer frente.

El henequén o sisal, denominación esta última a modo de homenaje al nombre del lugar que originalmente servía de punto de partida de las embarcaciones que transportaban dicha materia prima local al exterior, es una planta autóctona de Yucatán de cuyas resistentes fibras se extrae el material vegetal que servía para elaborar sogas y cuerdas, un producto

que comenzó a ser exportado a muchos países del mundo, sobre todo a los Estados Unidos, a partir de una explotación intensiva basada en la gran propiedad representada por el poder de los hacendados terratenientes. Históricamente, los latifundios hispano-americanos nacieron como imposición de las estructuras feudales castellanas sobre las indígenas, a partir de la conquista española, como resultado, principalmente, de las encomiendas y mercedes reales otorgadas en las primeras etapas del periodo colonial. Apoyada sobre los poderes fácticos de la política y el clero, las familias terratenientes de la '*Casta Divina*' amasaron enormes fortunas basadas en la acumulación de una riqueza derivada de la propiedad de los señoríos ejidales y de la gran explotación sobre una mano de obra indígena barata. La orientación hacia el monocultivo de exportación hizo crecer la economía yucateca hasta cimas hasta entonces desconocidas, convirtiendo a Mérida, ya desde el siglo XIX, en una ciudad de aires cosmopolita a semejanza de las capitales europeas, dentro de un contexto histórico en donde se hablaba del 'oro verde' para referirse a la planta vegetal que enriquecía a estas élites locales. El ferrocarril y las infraestructuras portuarias fueron consecuencias derivadas de la prosperidad de las plantaciones henequeneras. Dentro de este entramado político y económico, la mansión señorial en la ciudad y la hacienda terrateniente en el agro, se configuraban como los dos espacios residenciales complementarios de la oligarquía meridana. Durante esta etapa de rápido crecimiento urbano muchos de las humildes aldeas mayas que habitaban en sus tradicionales chozas de güano a las afueras de la ciudad acabaron siendo absorbidas, integrando finalmente al maya dentro de una población constituida por criollos, mestizos y mulatos.

El estallido de la Revolución Mexicana en 1910 supuso un grave inconveniente para la supervivencia de la economía henequenera. El general Salvador Alvarado (1880-1924), militar revolucionario antiporfirista, que fuera gobernador de Yucatán entre 1915 y 1917, bautizó a esta oligarquía local nacida en el porfiriato con aquel sugerente nombre de resonancias operísticas, aunque muchos no duraron en rebautizarla como la '*Casta Maldita*'. Históricamente, el primer término del apelativo proviene de la llamada 'Guerra de Castas' que entre 1847 y 1901 enfrentó a la oligarquía criolla, en complicidad con la pujanza de los mestizos y la complicidad de los mulatos, contra la población indígena, con objeto de perpetuar la servidumbre esclavista del pueblo maya a merced de los hacendados yucatecos, dentro de un Estado mexicano en donde nada se movía sin la voluntad de la plutocracia local, cuyo poder se respaldaba a su vez en la connivencia con los intereses extranjeros. Desde la hacienda hasta la industria, pasando por el gobierno, la banca, la iglesia, la

educación, o el ferrocarril, todo se hallaba bajo el férreo control casi divino de una elite henequenera que dominaba el conjunto de la sociedad yucateca en cada uno de sus rincones. Evidentemente, los grandes gastos en fastos ceremoniales eran parte de la política económica empleada por el poder caciquil para afianzar su dominio popular a través de regalos interesados a autoridades y dispendios en beneficencias a cambio de fidelidades.

La política revolucionaria desarrollada por el general Alvarado, basada en firmes principios democráticos pretendía imponer la justicia social poniendo fin al poder caciquil de entonces, representado por aquellos omnipotentes hacendados que mantenían en la semi-esclavitud a los indígenas yucatecos. Para ello se hacía necesario transformar todo el entramado institucional que abonaba el poder de la oligarquía local tanto en la ciudad como en el campo. Una de sus primeras acciones fue liberar a los campesinos mayas de la servidumbre al anular la tutela y las deudas de éstos con los hacendados henequeneros, débitos que se heredaban entre nativos emparentados, además de prohibir cualquier forma de represión violenta, como eran los azotes, la retención de hijos y el confinamiento, entre una larga lista de oprobios y medidas abusivas. Sin embargo, Alvarado no pudo continuar su obra en Yucatán, pues acabó entregando el poder en enero de 1918 para ser desplazado a otros Estados en virtud de su reconocida autoridad militar. Finalmente, la revolución mexicana en Yucatán tuvo que pactar con los terratenientes henequeneros para obtener su respaldo económico y político, lo que permitió la pervivencia de esta oligarquía meridana sin grandes dificultades durante dicho periodo. Fue solo hasta que el presidente Lázaro Cárdenas decretó en 1937 la expropiación de las dos terceras partes de las tierras de estos grandes propietarios, cuando estas se convirtieron en ejidos comunales para el uso y disfrute de los indígenas, aparte de los terrenos vendidos a buenos postores, como ya empezaban a destacarse algunos representantes de la ascendente etnia libanesa. Aunque desposeída de buena parte sus antiguas plantaciones, la '*Casta Divina*', siguió conservando en sus manos buena parte del capital, pero sobre todo las riendas de sus influencias políticas, cada vez más centradas sobre el suelo urbano meridano. En tales condiciones, la actividad henequenera, que se mantuvo en el centro de la vida económica de Yucatán desde su despegue en 1860 hasta 1940, pasó a convertirse a partir de entonces en una fuente de riqueza languideciente y secundaria.

La aparición de fibras sintéticas en el mercado norteamericano sobre mediados de siglo XX supuso la rápida extensión de la cordelería industrial a nivel mundial, provocando la brusca caída de una economía que se reproducía en torno a la hilacha vegetal del sisal, haciendo desaparecer casi de un plumazo todo un mundo construido sobre dicha planta, todo ese

poderoso entramado institucional que la revolución mexicana no se atrevió a echar abajo, pero que los avances tecnológicos acabaron por liquidar. A partir de la irreversible crisis de la economía henequenera, ya en los años setenta del siglo XX, cuando la química se impuso sobre la naturaleza a partir del éxito de las fibras sintéticas, las tierras que aún conservaban en sus manos comenzarían a permanecer ociosas y a malvenderse. Como consecuencia de la crisis de la economía del monocultivo de henequén, el caduco sistema de castas acabó por resquebrajarse, haciendo que aquellos terratenientes criollos representantes de la tradicional oligarquía local perdieran buena parte del importante poder económico y político del que gozaron hasta entonces. Aún a pesar de su manifiesto declive, la tradicional élite local siguió conservando todavía la inercia de su notable capital simbólico a través de unos ilustres apellidos heredados que seguían arrastrando plusvalías en forma de prestigio social, respeto local y ciertos derechos consuetudinarios adquiridos a lo largo del tiempo, que por aquellas fechas aun pocos osaban cuestionar. A fin de adaptarse a los nuevos tiempos, y del mismo modo que el príncipe Guiseppe Tomasi di Lampedusa describiera en su novela 'El Gatopardo', aplicada a la cambiante realidad italiana del siglo XIX, parte de la vieja burguesía terrateniente meridana inició la peculiar estrategia de intercambiar capital simbólico por capital económico, esto es, apellidos por dinero.

Las primeras tentativas planteadas en la estrategia de hibridación a llevar a cabo por la '*Casta Divina*' apuntaron hacia la confluencia de los criollos con las élites económicas meridanas de ascendencia mestiza, a través de pactos matrimoniales que en la práctica no supusieron serias fricciones entre ambos grupos debido a las estrechas y frecuentes relaciones de vecindad entabladas desde siglos atrás, junto a la indiscutida aceptación del pleno reconocimiento de los grupos mestizos hacia los llamados *güeritos* de piel y ojos claros, a los que siempre habían obedecido y ofrecido respeto. Las resonancias teóricas planteadas por el economista italiano Wilfredo Pareto entre las dos formas de hacer política, la idealista de los 'leones' (fuertes) y la pragmática de los 'zorros' (astutos), bien podrían tener cabida en esta circulación de élites locales que muestra estrecha relación con el fenómeno del '*gatopardismo*' aplicado en tierras yucatecas, en donde las reformas servían sobre todo para conservar las estructuras del poder local. No obstante, estos enlaces políticos llevados a cabo en el ámbito del lecho matrimonial de la vieja élite con los pujantes mestizos, no garantizaban la futura sobrevivencia de la '*Casta Divina*' dados los ostentosos dispendios a sufragar en su caro tren de vida sin alcanzar el nivel de ingresos adecuados para asegurarlos, razón por la cual se hacía necesario encontrar nuevos asociados con solvente cartera para dar continuidad a la sangre de la estirpe.

4. EL PODER MERCANTIL DE LA 'CASTA BEDUINA' EN UNA CIUDAD COMERCIAL DE CARÁCTER EMPRENDEDOR.

Los primeros indicios de la inmigración libanesa a Yucatán pueden rastrearse a partir de 1880 como consecuencia de los continuos conflictos armados entre las comunidades maronitas y drusas de habla árabe, ante la incapacidad del debilitado imperio otomano por detener una escalada bélica en esta zona del Oriente Próximo, lo cual se tradujo en un creciente número de víctimas a ambos bandos. Es en este periodo cuando se constata el exilio de un buen número de familias libanesas maronitas que trataban de reubicarse en cualquier país del mundo abierto a la entrada de una población capaz de labrarse un porvenir. En este sentido, los comerciantes libaneses constituían un grupo étnico de acreditados mercaderes descendientes de los antiguos fenicios de credo cristiano maronita que a lo largo de distintas etapas se fueron instalando en tierras yucatecas, dedicándose a la venta ambulante de pueblo a pueblo, para irse incorporando paulatinamente a la ciudad de Mérida a través de la instalación de pequeños negocios de lencería, bazares, zapaterías, o restaurantes de comida étnica. Empezando desde abajo, con una ética del trabajo duro, combinada con el ahorro estricto, y haciendo uso de su afamada orientación hacia los negocios, los libaneses lograron amasar a lo largo del tiempo una creciente fortuna, tanto en esta como en otras muchas ciudades de medio mundo a donde alcanzaron a llegar. De sobra es conocida su labor como reactivo económico en diversas poblaciones en cualquiera de los cinco continentes.

En el caso de la capital yucateca su aparición se hizo notar de una forma bastante visible gracias a sus iniciales actividades de ventas callejeras, que con el tiempo se fueron convirtiendo en establecimientos comerciales consolidados. En este contexto comenzaron a despuntar las familias libanesas de los Macari, los Abraham, los Xacur, los Chapur, los Charruf, los Abdalá, los Isaac, los Sarquis, los Daguer, los Farad, los Chadid, los Káram, los Chedraui,... que a nivel local fueron retratados como la '*colonia turca*'. Tomando conciencia propia de comunidad estigmatizada, sus integrantes se alojaban en barrios compartidos de extracción humilde en donde era frecuente el hecho de que varias familias convivieran bajo el mismo techo dentro de casas de piedra adornadas de alfombras y tapices, en donde era usual la coincidencia del domicilio con el negocio, en una solución de continuidad entre tienda y trastienda, en donde lo público y lo privado se hallaban estrechamente conectados a través de los miembros de la misma genealogía. Cada una de estas viviendas giraban

alrededor de un patio interno en donde se cultivaban especias como el orégano, la hierbabuena o árboles frutales como la parra o los higos que eran destinados al auto-abasto, y que sobre todo servía como lugar de reuniones intra o inter-familiares desarrolladas de casa para adentro, una vez finalizada la actividad del negocio. Esta estrecha solidaridad étnica se manifestaba entre otros aspectos en la celebración de casamientos endogámicos entre parientes y vecinos que compartían el mismo credo, razones éstas que durante décadas impidieron cualquier posibilidad de entablar matrimonios mixtos con el resto de la población yucateca.

El despegue económico de la colonia libanesa podría situarse alrededor de la década de 1920, con el salto del comercio tradicional a la industria henequenera, cuando la demanda de esta fibra vegetal en el extranjero hizo surgir las primeras cordelerías de producción de cuerdas, sogas y cables, entre otros productos de gran demanda en Estados Unidos. La expropiación de buena parte de las tierras de la '*Casta Divina*', a finales de los años 30, haría que algunas de las familias libanesas más renombradas apostaran por invertir sus ahorros en la compra de grandes extensiones de tierra a bajo coste, pasando con ello a convertirse en propietarios terratenientes cuya intensa actividad productiva los distinguía sobremanera de los antiguos hacendados absentistas. Finalmente, ya en 1982, una vez desmantelada la industria henequenera tras anularse las subvenciones concedidas por el Estado para este tipo de plantaciones, el interés de los comerciantes libaneses se diversificó hacia los sectores de los servicios, supermercados, restauración, entretenimientos, bancos, ganadería, construcción, maquiladoras, e incluso hacia la actividad política para hacer carrera dentro del Partido Institucional Revolucionario (PRI) de base local, la única formación 'democrática' oficialmente reconocida en todo el Estado mexicano desde 1910 hasta el año 2000. Con la prosperidad económica derivada del auge de sus negocios, muchas familias libanesas decidieron abandonar los barrios de la 'colonia turca' para irse a vivir a las mejores residencias de las colonias del norte de la ciudad de Mérida, fuera del control político del centro histórico como espacio del poder asociado a la élite criolla.

En estas nuevas circunstancias, y como consecuencia de este ascenso económico y posteriormente político, se haría visible la manifestación de un proceso de creciente mestizaje e integración cultural de los libaneses dentro del contexto meridano a través de las ceremonias derivadas de los primeros matrimonios mixtos entre la debilitada '*Casta Divina*', y los pujantes libaneses, re-conocidos dentro de ciertos círculos locales como la '*Casta Beduina*', en justa correspondencia ante el creciente empoderamiento de este grupo

étnico afincado en la capital yucateca. De este modo, los primeros enlaces entre libaneses y yucatecos, como lo fuera el celebrado entre Juan Maccari Canen y Leonor Elena Castillo, comenzaron a quebrantar el esquema establecido hasta entonces en cada una de las dos élites, dando inicio a una serie de uniones entre ambas partes.

Antes de la crisis definitiva del henequén, y a diferencia de los prósperos mestizos, cada una de estas dos *'castas'* habitaba segmentadamente en su propio espacio residencial, a espaldas unos de otros, de tal modo que cada uno tenía sus propios clubes sociales, cada cual practicaba su propia religión y acudían a sus propios templos, y cada uno se hallaba especializado en su propio sector económico, el agrícola y el comercial, respectivamente. Pero llegado este momento histórico, que podría fecharse a finales de los años 80 del pasado siglo, se activó una relación simbiótica entre ambos colectivos, dado que por encima de las diferencias que les separaban podían entretenerse intereses compartidos. Los libaneses poseían dinero pero carecían de prestigio social y de influjo político, una reputación que trataron de comprar a través de las alianzas matrimoniales establecidas con la oligarquía tradicional, a fin de poner en valor la influencia de aquellos acreditados apellidos locales a favor propio. Como contrapartida, los representantes más pragmáticos de los viejos linajes estuvieron dispuestos a aceptar tales afiliaciones a fin de asegurar materialmente la permanencia del apellido familiar, aplicando aquella máxima adaptativa de cambiar ciertos órdenes de la vida, ya obsoletos, para que todo siguiera siendo igual, sobre todo en la cuestión del mantenimiento del poder local en sus manos. Si antes la economía terrateniente de monocultivo era el objetivo distintivo de la élite dominante criolla, ahora ésta debía acometer el arriesgado salto hacia otros campos económicos, fundamentalmente el comercial y el financiero, y en este sentido los libaneses representaban para algunos de los más avezados de estos ilustres linajes la cabeza de puente adecuada para entrar en esa nueva área de oportunidades.

Sin embargo, en contraste con las aceptadas alianzas entre criollos y mestizos, estos nuevos entrecruzamientos interétnicos no estuvieron exentos de problemas, y los primeros enlaces entre mujeres criollas de prestigiosa estirpe y de hombres de negocios de origen libanés, provocaron sobre todo un gran rechazo social entre buena parte de los miembros más reaccionarios de la *'Casta Divina'*, haciendo todo lo posible para dificultar el acceso dentro de los cerrados espacios de la oligarquía tradicional a quienes eran considerados como extranjeros *'advenedizos'*. Por el contrario, los enlaces entre varones criollos y mujeres libanesas provocaron menos renuencias, dado que en estos casos se transmitía el apellido

de la estirpe a la descendencia de la pareja, permitiendo la continuidad de la oligarquía tradicional yucateca. Durante un tiempo, los hijos de los emergentes prohombres libaneses casados con criollas de clases altas tuvieron negada la entrada a los clubes sociales de las ilustres familias meridianas. En cambio, el club libanés mantenía sus puertas abiertas para las nuevas esposas de sus hijos, cuyas nuevas residencias acababan localizándose en las proximidades de las suntuosas casas de los padres del marido, ya establecidas al norte de la ciudad. Al cabo de los años, los trasvases fueron sucediéndose y, en cierta medida, las viejas diferencias acabaron por superarse.

Una de las consecuencias de esta compleja intersección entre ambas élites locales, la *'Divina'* y la *'Beduina'*, puede observarse en el propio espacio urbano, cuando el Paseo de Montejo, considerado una de las avenidas más nobles de la ciudad, bordeada a ambas aceras por insignes mansiones señoriales, comenzó a convertirse progresivamente, a finales de la década de los 90, en una calle comercial, en la que se establecieron diversos bancos, hoteles, agencias de viaje, restaurantes o centros comerciales, muchos de ellos de capital libanés, como es el caso del almacén Chedraui, situado al lado del emblemático Monumento a la Patria, desde donde comienza la Prolongación del Paseo Montejo como antesala hacia el prestigioso norte de la ciudad de Mérida, que ya se perfilaba como el espacio residencial de los ricos comerciantes libaneses. En estos momentos se estaba produciendo un relevo entre las élites locales, de tal modo que el paulatino encumbramiento de los nuevos comerciantes se imponía en la ciudad de Mérida a costa de una importante pérdida de cuotas de poder de la oligarquía tradicional, coincidiendo con la entrada de una nueva plutocracia procedente de la capital de México, un inédito colectivo de inmigrantes foráneos de alto nivel económico que a partir de entonces formaría parte consustancial de la sociedad opulenta que al día de hoy se refleja a nivel local.

5. EL PODER ECONÓMICO DE LOS EMPRESARIOS *'DEFEÑOS'* EN UNA CIUDAD INDUSTRIAL DE ECOS AZTECAS.

Desde mediados de los años 80 del siglo XX, el Estado de Yucatán, y en especial la ciudad de Mérida, se vieron sobresaltados por la masiva incorporación de gentes procedentes de distintos puntos de México de donde saldrían en busca de una manera de ganarse la vida en tierras abiertas a nuevas oportunidades laborales, como empezaba a serlo en aquellos momentos la península caribeña. Este amplio colectivo foráneo lo formaban personas originarias de numerosas poblaciones venidas de diversas partes del país, tales como de la

Baja California, Sonora, Guerrero, Veracruz, Oaxaca, Tabasco, Acapulco, Campeche, Chiapas,... a los que genéricamente se les apodaba con el sobrenombre de '*huaches*', los que vienen de fuera, y en particular los que procedían del norte, vinculados con la tradición azteca¹.

Ya entonces algunos periódicos locales alarmistas identificaron la entrada de estos inmigrantes como una invasión de '*huaches*', cargando las tintas en las secuelas derivadas del narcotráfico, el crimen callejero y la delincuencia organizada, como nuevas formas de hacer 'dinero fácil' dentro de la creciente economía clandestina que en estos años se introducía gradualmente en la península caribeña. Más allá de lo puramente anecdótico, la mayoría de los recién llegados traían consigo sus propios negocios, abriendo tiendas, talleres, restaurantes (taquerías), fondas, clubes, escuelas,... que introducían nuevas dinámicas económicas en una ciudad como Mérida, necesitada en estos momentos de una red de servicios que hasta la fecha no estaban suficientemente cubiertos a nivel local. En este sentido, los '*huaches*' incorporaban nuevos estándares de calidad en los establecimientos inaugurados, sirviendo de acicate a las actividades comerciales regentadas por unos minoristas tradicionales que inicialmente se resistían al cambio, como lo era el colectivo representado por los mercaderes libaneses emplazados en la ciudad desde hacía décadas, que conocidos entonces como '*turcos*' eran ajenos al sobrenombre aplicado a los recién llegados de los Estados del norte.

En un sentido amplio, los yucatecos usan el apelativo '*huaché*', del maya *xilaan*, que significa desastrado o mugriento, como término despectivo empleado para referirse de manera prejuiciosa a aquella persona foránea o '*fuereña*', culturalmente asociada a la ascendencia de origen azteca del norte del país, tachada con mala fama de sucia, apestosa, ruidosa, irrespetuosa, deshonesto, arrogante, pendenciera, camorrista, oportunista y manipuladora, entre otras perlas, que con su presencia introducían malos hábitos en las tradiciones locales dentro de una sociedad como la yucateca, basada en una estructuras sociales, políticas y económicas caracterizadas por su destacado estatismo. En esta experiencia de confluencia, no exenta de conflictos, los '*yucabuaches*' se correspondían con aquel contingente de mexicanos del norte que finalmente acabaron echando raíces en Yucatán, bien adaptándose a las costumbres autóctonas ('*huaches ayucatecados*') o bien renegando de ellas para imponer

¹ El inapropiado uso del término 'país azteca' para referirse a la composición étnica de la nación mexicana olvida el hecho de que el país está formado por una realidad pluricultural de al menos 54 pueblos indígenas actualmente sobrevivientes (mayas, lacandones, choles, huicholes, popolucas, tlapanecos, zapotecas, nahuas, mixtecos,...), con idiomas, usos y tradiciones propios, a los que se añade una numerosa población mestiza resultante de una dilatada e intensa hibridación poblacional.

las propias (*'huaches chilangos'*), mostrando en este caso una actitud de arrogancia, prepotencia y superioridad propia de quienes, al menos desde el punto de vista local, llegaban a entenderse como los nuevos conquistadores del pueblo maya. Tampoco faltaban aquellos lugareños que tratando de emular el codiciado estatus de las nuevas élites reproducían los gestos altaneros de los recién llegados (*'yucatecos abuachados'*).

Sobre el conjunto de esta población '*huache'* destacaba un nutrido grupo de oriundos capitalinos de la zona metropolitana, antes conocida como Distrito Federal o DF, denominados '*chilangos'*, un gentilicio con connotaciones poco hospitalarias que algunos yucatecos traducían libremente como 'bastardos', o bien a través del uso del topónimo '*defeños'*, para referirse a aquellos nacidos propiamente en el área central de la Ciudad de México. Ser reconocido como '*defeño'* en México, supone introducir un agravio histórico en relación al resto de los Estados del país, invocando las viejas rivalidades derivadas del desmesurado crecimiento económico del que siempre ha gozado la capital en detrimento del conjunto nacional, un modelo desarrollado a través de unas políticas centralistas que desde la visión de otros Estados periféricos ha tratado de imponer la homogenización cultural del país. Con la entrada de esta numerosa población procedente de México capital, la ciudad de Mérida comenzó a cambiar, incluso a nivel gastronómico, introduciendo nuevos platos y gustos como los tacos al pastor, las fajitas, los burritos, las quesadillas, los huaraches, las sopes y flautas o las gringas, que arrinconaban a los tradicionales panuchos, tamales, salbutes, cochinita pibil, sopa de lima y caldos de pavo. De la gastronomía maya.

En la década de los años 80, un significativo contingente de los llamados '*defeños'* decidió abandonar la capital mexicana para mejorar su calidad de vida en las prósperas tierras de Yucatán de origen maya. Los motivos que estaban detrás de esta diáspora iban desde el creciente sentimiento de inseguridad ciudadana en la capital mexicana hasta los altos índices de polución atmosférica registrados, a los que se unían la parálisis viaria derivada de un denso tránsito rodado, el temor a las sacudidas de posibles terremotos en una zona de riesgo sísmico, los altos precios capitalinos que contrastaban con el bajo coste de la vivienda yucateca, y sobre todo las crecientes oportunidades de trabajo ofrecidas en la península caribeña a raíz del *boom* del turismo, junto a la introducción de las fábricas maquiladoras, antes ubicadas en el norte de México y ahora trasladadas al Sur en creciente número. Estas nuevas dinámicas económicas implicaban el consiguiente aumento del empleo en los sectores de los servicios turísticos, financieros y la industria, que ahora demandaban trabajos de alta cualificación en un nuevo mercado empresarial a desarrollar

sobre la base laboral de una mano de obra foránea indígena barata y sin apenas formación, a la que se añadía la entrada de un numeroso contingente de trabajadores no cualificados procedentes de distintas partes del país. En tales condiciones, las ganancias estaban aseguradas.

Entre el nuevo colectivo de los *'defeños'* destacaba un nutrido elenco de profesionales cualificados con formación superior destinados a ocupar altos cargos de dirección y niveles de mandos técnicos intermedios según se avanzaba en la creación de las nuevas empresas. Empresarios, directivos, gerentes, ejecutivos, agentes financieros, técnicos, expertos,... constituían el grueso de este nuevo cuadro profesional hasta entonces minoritario en estas latitudes, que se fueron integrando dentro de una vigorosa economía local necesitada de personal suficientemente capacitado para cumplir dichas funciones, justo cuando el Estado de Yucatán comenzaba a convertirse en un atractivo lugar de oportunidades económicas a nivel nacional e internacional. La llegada de este personal de expertos bien formados en prestigiosas universidades del D.F., introdujo un conocimiento técnico en el campo empresarial a través de la puesta en valor y en precio de criterios tales como la competitividad, la productividad, la rentabilidad, la eficacia, la eficiencia,... que hasta entonces no formaban parte del universo laboral yucateco. Parte de estos nuevos profesionales llegados de la capital mexicana trabajaron como autónomos por cuenta propia, a través de la constitución de sus propias empresas o bien como asalariados para terceros, en puestos de alta responsabilidad en la industria maquiladora o en agencias de turismo, y en general allá donde se demandara la contratación de quienes demostraran estar en posesión de un conocimiento experto. El apelativo de *'chilango fresón'* empezó a ser el término despectivo utilizado en Yucatán para designar al *'defeño'* que venía 'con lana', destinado a ocupar un cargo de alto ejecutivo de alguna maquiladora o a representar los intereses de una importante institución bancaria, haciendo referencia a quienes entraban por lo alto de la escala social para detentar un buen puesto de trabajo.

Buena parte de este contingente de *'defeños'* constituiría el caldo de cultivo a partir del cual surgirían las hornadas de los 'nuevos ricos' en calidad de dirigentes responsables encargados de potenciar el desarrollo económico en los sectores de los servicios, el turismo, el ocio, la industria maquiladora, la construcción,... a través de la creación de negocios y empresas impulsadas por la eficiente labor de un personal profesional sobradamente cualificado. Con ellos se incorporaba también una novedosa forma de entender y producir la riqueza dentro de las dinámicas del capitalismo avanzado,

incorporando unas lógicas económicas que irían superponiéndose sobre las ya existentes, consideradas como caducas y desfasadas. A diferencia del concepto cuasi-feudal de ‘*castas*’ empleado entre la población local para referirse a la élite meridana, los ‘*defeños*’ se definían como clase social dentro de un marco ideológico circunscrito al mercado capitalista, que era el contexto económico en donde desarrollan sus competencias profesionales con creciente éxito. Si bien buena parte de los nuevos asentados llegaban a Mérida con esposa e hijos, las lógicas propias de un sistema de clases al que pertenecían se oponía a la antigua endogamia asociada a las castas, que nunca fue una práctica interiorizada por estos ‘nuevos ricos’, alejados de aquellas estrechas estratificaciones sociales que en su día mantuvieron tanto los criollos como los libaneses, reclusos en comunidades cerradas basadas en la institución del parentesco. En cambio, la incorporación de la exogamia introducía un elemento que casaba más con las lógicas de un mercado abierto, que en el ámbito matrimonial aplicaba sobre todo a aquellos profesionales foráneos que carecían de lazos familiares entre ellos, y que se pensaban más como individuos que como ‘sujetos’ atados a un grupo étnico, en vista de lo cual se acabaron mezclando con la población meridana sin más obstáculos, en principio, que los puramente sentimentales, a través, cuando se daba el caso, de enlaces inter-étnicos que rompían con las relaciones intra-étnicas de antaño.

Bien pronto, sus lujosas residencias se fueron localizando al norte de la ciudad de Mérida, donde ya estaban afincados los libaneses, introduciendo como novedad una inédita tipología arquitectónica inspirada en el estilo norteamericano de la vivienda acristalada, basada en una estructura constructiva hasta entonces bastante insólita en el contexto ecológico de una península yucateca expuesta a los rigores de un clima tropical tan caluroso como húmedo. El modelo *Miami* de la casa unifamiliar acristalada con grandes ventanales rodeados de marcos de aluminio, dotada de costosos y potentes climatizadores necesarios para combatir los duros efectos del calor caribeño, añadía un inédito marcador de estatus a partir del cual se subrayaba la nueva forma de entender la opulencia a través de la transparencia como estrategia para manifestar el grado de prestigio alcanzado. De la habitabilidad de las nuevas residencias acristaladas en el contexto climático de una rigurosa zona tropical como la de Yucatán, en donde la luz, la humedad y el calor impregnan el ambiente hasta niveles exasperantes, los nuevos moradores afincados en Mérida solían bromear empleando la consabida frase del ‘*aquí o te aclimatas o te aclimueres*’, tan común entre los ‘*huaches chilangos*’ o los ‘*yucatecos ahuachados*’. Evidentemente, equipar a este tipo de viviendas de estructura de cristal con las caras tecnologías de aire acondicionado ofrecidas por el mercado de la refrigeración no estaba al alcance de cualquier bolsillo, por lo que

habitar en ellas se empezó a traducir como un signo de distinción, justo el indicador que las nuevas clases necesitaban para demostrar su nivel de riqueza en el contexto local, reforzado a través de la adquisición de unas casas acristaladas que dejaban ver con todo lujo de detalle las riquezas calculadamente mostradas por sus moradores como indicador de su nivel de opulencia.

6. EL CAMBIO DE LAS ÉLITES LOCALES Y LA TRANSFORMACIÓN DEL ESPACIO URBANO

Los cambios manifestados en las dinámicas de los grupos dirigentes locales se pueden proyectar en las transformaciones registradas sobre el plano urbano, de tal modo que los escenarios del poder político y económico de la ciudad de Mérida, plasmados desde las claves y enclaves de la *'Casta Divina'*, acabaron siendo reemplazados en el tiempo por un nuevo modelo urbano a medida que se producía el relevo de unas élites por otras. En el contexto urbano dominado por la oligarquía tradicional, la vida social de la ciudad giraba en torno al centro urbano, un espacio eminentemente político que articulaba las relaciones de poder entre los grupos dirigentes y los estratos populares emplazados en la periferia, mientras que en el campo la hacienda henequera representaba el espacio económico central que reforzaba el poder de la élite en la capital yucateca.

Más allá del cambio en el ámbito político, cuyas riendas seguían estando en manos de los mismos hacendados de siempre, los cambios económicos introducidos por el declive de la producción henequenera y la incorporación de una nueva oligarquía local de orientación comercial, la ciudad estaba asistiendo a una metamorfosis urbana que implicaba el paso del tradicional eje 'centro/periferia' al novedoso esquema 'norte/sur'. El proceso emprendido en Mérida a partir de los años 80 reproducía como un eco local las dinámicas globales extendidas por el urbanismo norteamericano, basado en el empoderamiento de la zona suburbial habitada por los 'ricos', en este caso el norte urbano, en detrimento de la degradación del casco histórico, cada vez más próximo a la marginalidad asociada al sur urbano. En este sentido, la geografía de la desigualdad cambiaba de eje sin renunciar al tradicional mantenimiento de los contenidos jerárquicos existentes entre los grupos dominantes y los grupos dominados.

Durante la larga etapa de esplendor representada por la oligarquía tradicional, el poder institucional se concentró en el casco histórico de Mérida, en torno al epicentro integrado

por la Plaza Grande y el Paseo de Montejo, zona noble por antonomasia, con sus calles de prestigio aledañas. En tales condiciones, la cercanía al centro urbano definía el grado de jerarquía de los residentes locales. Alrededor de la Plaza Grande, que ocupaba el núcleo del centro, se situaban los principales edificios históricos, como lo son la Catedral, el Ateneo Peninsular, el Palacio de Gobernación, el Centro Cultural Olímpico, o la Casa del conquistador (Francisco de) Montejo, entre otros inmuebles emblemáticos de la ciudad. Las calles principales que daban a estos espacios asociados al poder local servían de asentamiento a las familias de la '*Casta Divina*', dado el papel central ejercido por la indiscutida posición privilegiada de la oligarquía local criolla, representada a través de los signos de un consumo conspicuo invertido en bienes culturales (ópera, conciertos, teatro, exposiciones, galerías, certámenes,...), y en la expresión de una ostentación suntuaria reflejada sobre todo en la estructura residencial de la casa señorial. De hecho, en el centro del centro urbano se levantaban las lujosas mansiones de los ilustres hacendados que demostraban de este modo el éxito económico y político de una élite henequenera que quedaba reflejada a través de unas construcciones modernistas de corte neoclásico, inspiradas en modelos arquitectónicos importados desde las grandes ciudades de Europa y Norteamérica, en un tipo de arquitectura conocida como porfirista, por desarrollarse durante la extensa presidencia de Porfirio Díaz, que ocupó el cargo en siete ocasiones entre 1876 y 1911, reemplazándose el estilo colonial por un eclecticismo inspirado en los imaginarios manieristas, neoclásicos, neogóticos, con acento afrancesado. Todavía hoy algunas de estas mansiones residenciales que no fueron incautadas por los gobernantes del PRI, siguen siendo habitadas por los descendientes de la alta burguesía local, si bien en diferentes estado de conservación. Otras muchas se acabaron convirtiendo en edificios públicos para distinto uso, o en sedes de importantes sucursales financieras del capital internacional.

Todavía a principios del siglo XXI, todo el conjunto que comprende el casco histórico desprendía un aire urbano y capitalino, que de alguna manera reproducían las suntuosas mansiones de los grupos sociales locales más privilegiados, descendientes de las familias de aquellos hacendados henequeneros. Estas grandes residencias señoriales se construyeron sobre los cimientos ideológicos de una estructura arquitectónica que introducía el efecto de una rígida separación clasista entre la casa y la calle, permitiendo a sus moradores aspirar a la sensación de aislamiento del exterior a través de la interposición de un sólido muro delantero que impedía cualquier mirada extraña desde fuera, reforzando la preservación de la privacidad familiar a través de la habilitación de un patio interior, bien central y/o

trasero, situado en este último caso al lado opuesto de la calle por cuya puerta entraba el servicio doméstico.

Todo el casco histórico de Mérida aún ofrece en su conjunto la visión de una zona hermosa y limpia, de indudable atractivo histórico y turístico, extendida sobre una morfología urbana bastante homogénea, basada en la traza reticular propia de la época colonial sucesivamente modificada a través del tiempo, en donde proliferan plazas y parques, como herencia de las políticas higienistas de la época, con una estructura de calles principales y secundarias dispuestas de manera radio-céntrica en dirección al núcleo urbano tomado como vértice de todas las direcciones. Aplicando este eje desde el centro hacia la periferia, la ciudad de Mérida se fue configurando en orden a unos círculos concéntricos cuyos anillos establecían delimitaciones espaciales sobre los distintos grupos sociales en función del acceso a los centros del poder, si bien en barrios o fraccionamientos con un cierto grado de heterogeneidad social en donde la cohabitación étnica formaba parte de la vida cotidiana de la ciudad. Todavía permanecen en esta zona céntrica algunos espacios de ocio, como el zoológico, museos, cines, teatros (como el Peón Contreras o el desaparecido Circo Teatro), o espacios turísticos, además de la instalación de hoteles y espacios educativos, como lo es la sede central de la Universidad Autónoma de Yucatán construida sobre las antiguas estructuras de un seminario jesuita.

Inmediatamente alrededor del centro histórico, ocupado por el conjunto de los edificios más emblemáticos, puede observarse el predominio del modelo de la vivienda tradicional de estilo colonial, destinada a aquellos grupos locales adyacentes a los espacios asociados al poder, en donde se alojaban las clases medias, la mayoría mestiza, en unas casas que reproducían a menor escala los valores arquitectónicos de las grandes mansiones. Estas hoy vetustas estructuras de fachadas aparentemente isomórficas, a diferencia de la singularidad constructiva de las mansiones de los ‘viejos ricos’, estuvieron diseñadas según el esquema importado por los españoles que llegaron a las tierras del Yucatán. En consecuencia, los valores de la privacidad y de la intimidad que se impregnaron en estas edificaciones fueron heredados en buena medida por el espíritu imperante en la época colonizadora, portadora de códigos constructivos hispano-árabes. De este modo, tanto los grandes y pesados portones de madera junto a la sólida, tosca y austera fachada, además del enrejado, y otros marcadores ornamentales, remarcan rígidamente la frontera entre la calle y la casa, subrayando la separación entre el ámbito doméstico del interior frente al espacio público del exterior. En este sentido, la casa colonial estaba construida sobre las bases políticas

compartidas con los valores de la opacidad tradicional, en unas residencias que invitaban a vivir de puertas para adentro, ofreciendo una evocación de recogimiento encarnado en el destacado rol de una figura femenina que desarrollaba sus labores en el interior a través de su papel de ama de la casa.

Mientras se reprodujeron estas estructuras sociales, políticas y económicas que reforzaban el poder de la '*Casta Divina*', la articulación que relacionaba el centro con la periferia tuvo una solución de integración a través de un ir y venir diario desde el extrarradio hacia el casco histórico, y viceversa, de tal modo que la gente de los suburbios se desplazaban al corazón urbano bien a trabajar, a comprar, a pasearse o a cumplimentar trámites en las distintas administraciones públicas del consistorio, entre otros asuntos diversos, mientras que los representantes del poder político tenían la obligación de dirigirse a la periferia para cumplir sus funciones dirigentes o para ganarse al electorado popular en base a las lógicas clientelares que reforzaban la vigencia de las instituciones locales. Sin embargo, todo este eje integrador entre el centro y la periferia acabaría por saltar en pedazos en sentido contrario al gradual empoderamiento de unas nuevas élites libanesas con intereses comerciales y empresariales que se instalaban en las colonias residenciales del norte de la ciudad, en dirección a la playa de Progreso donde sólo los más pudientes gozaban de una casa de verano.

Ya desde finales de la década de los 90, la degradación del casco histórico comenzó a ser patente y notorio. En consecuencia, la zona central fue poblándose de un número creciente de espacios comerciales con el consiguiente efecto de atracción de una clientela popular que traía consigo un mayor trasiego, contaminación y suciedad de las calles, debido al aumento del tránsito peatonal y al incremento del tráfico rodado. Esta concurrida densidad diurna decaía bruscamente al llegar la noche, una vez finalizados los horarios comerciales, dando lugar a un acusado despoblamiento en unos barrios cada vez menos habitados por unos vecinos que se fueron yendo del entorno del centro histórico de la ciudad a medida que los comercios comenzaron a adueñarse de las calles y fraccionamientos de sus barrios coloniales, introduciendo a su paso anonimato, suciedad, ruido y trajín. La tendencia a emprender la marcha del centro urbano por parte de los tradicionales moradores de clase media que lo habitaban fue aprovechada por las clases populares para ocupar las abandonadas y vacías viviendas de la antigua estructura colonial, en unos fraccionamientos en acusado proceso de desclasamiento, a medida que las clases medias aspiran a desplazarse

hacia el noroeste y el noreste, mientras ciertos grupos populares trataban de acceder desde la periferia en la que habitan, hacia los espacios centrales.

El efecto de la degradación urbana en los anillos intermedios fue extendiéndose cada vez más hacia el centro del centro, abriendo paso a la primacía de una actividad comercial que se sobreponía a la residencial, de tal manera que en la actualidad el antes señorial Paseo de Montejo, en honor del fundador de Mérida durante la conquista castellana, conforma una amplia avenida en donde se localizan los mejores restaurantes y espacios de ocio, dejando atrás su carácter aristocrático para acabar convertido en un espacio comercial plagado de establecimientos de consumo, perdiendo poco a poco van el emblemático estatus que un día tuvieron. Aún a pesar de los cambios introducidos, esta ancha y emblemática vía sigue siendo una de las calles más ilustres de la ciudad, bordeada por las señoriales mansiones de los ‘viejos ricos’ reconvertidas muchas de ellas establecimientos públicos o comerciales. La gradual sustitución del poder político de antaño por la incorporación del poder económico impulsado por el comercio y los servicios de distinta índole, acabaría rompiendo la baraja urbana en dos partes para introducir una rígida separación entre el norte rico y el sur pobre, reforzada en función de los precios de acceso a la zona donde se emplaza la opulencia. De hecho, para muchos habitantes de Mérida de bajos recursos ni siquiera resultaba posible transitar por estos espacios de ostentación, dada la carencia de una mínima solvencia económica para sufragar los altos costes que implica acceder y deambular por unas áreas urbanas que sólo están al alcance de algunos bolsillos, hasta el punto que los grandes centros comerciales del norte tienen reservado el acceso a sus establecimientos a las mujeres indígenas vestidas con el tradicional *huipil* maya. En este sentido, no es infrecuente observar como los guardias de seguridad niegan el paso a quienes presentan rasgos indígenas mayas ataviados de humildes indumentarias populares. En este doble proceso, el centro histórico iba quedando convertido en un área periférica a la que los sectores más acaudalados visitaban cada vez menos, en vista de la creciente degradación de una zona calificada como conflictiva, justo aquella que antes fuera reconocida como emblemática, mientras que los meridianos de bajos recursos tienen menos oportunidades para entrar en los lujosos espacios del norte urbano. La geografía de la desigualdad construida sobre las bases ideológicas de la antigua élite local estaba a punto de desaparecer para ser reemplazada por un nuevo orden urbano que reproducía las mismas relaciones asimétricas de siempre aunque desde unas lógicas bien distintas.

En el escenario de la incipiente economía política local, los ‘nuevos ricos’, con sus prósperos negocios comerciales y agencias empresariales, ya no tenían ningún motivo, ni siquiera político, para introducirse en los territorios de los pobres, y por su puesto estos carecían de cualquier posibilidad económica para poder cruzar la frontera que permite la entrada al territorio de la riqueza, salvo aquella parte de la población de ascendencia indígena o mestiza que acuden diariamente a las residencias de las élites acaudaladas por razones derivadas del servicio doméstico. A partir de este momento, la ciudad se acabaría segregando en dos grandes zonas urbanas, ahora sin conexión alguna entre ellas, en donde las interacciones tejidas a ambos mundos, un norte opulento y un sur depauperado, empezaron a tender a cero.

En consecuencia, la estructura urbana de la ciudad de Mérida estaba experimentando ya en las últimas décadas del siglo XX una acelerada metamorfosis de importantes consecuencias. A partir del eclipse de los ‘viejos ricos’, la centralidad urbana se fue trasladando hacia el norte de la ciudad en donde las élites del poder fueron encontrando un mismo lugar compartido, siendo la economía más que la política quien se impone como marcador del prestigio dentro de la geografía urbana local. En el caso de la ‘*Casta Divina*’, en situación de acusado declive, no pocos de sus miembros acabaron por marcharse del centro de su universo tradicional para tratar de huir de la decadencia del casco histórico, abandonando sus lujosas residencias señoriales para trasladarse en los nuevos emplazamientos residenciales del norte, siempre y cuando su declinante economía se lo pudiera permitir. Por otro lado, la ‘*Casta Beduina*’ en visible auge, convertía el norte en su cuartel general a través de la apropiación de un espacio urbano orientado hacia los servicios comerciales y cada vez más hacia el sector inmobiliario de alto nivel adquisitivo. Por último, el contingente de profesionales ‘*defeños*’, en proceso de creciente afianzamiento, reforzaba la apuesta por la zona norte a través de la inversión en modernas infraestructuras y avanzados bienes de equipos que servían para fomentar sus propios intereses empresariales. En cada una de las élites consideradas, la ocupación del espacio residencial se llevaba a cabo según sus propios sellos étnicos, éticos y estéticos a través de sus particulares modos de reflejar los distintos imaginarios de la opulencia. En su traducción arquitectónica, los tradicionales edificios coloniales introducidos por los conquistadores dieron paso a las mansiones señoriales de los criollos hacendados levantadas durante porfiriato, para ser desbancados por los nuevos modelos residenciales de corte modernista y post-moderno.

Finalmente, con el ascenso de las nuevas élites económicas, comerciales y empresariales, se pasaba del tradicional eje centro/periferia, en una relación de articulación entre ambas zonas, pese a los roces y conflictos derivados de este encuentro entre grupos heterogéneos, a las nuevas coordenadas norte/sur, en una resolución de radical separación abierta al desencuentro, en donde cada estrato social pasaba a ocupar una posición homogénea dentro del espacio urbano, sin proceder a mezclas ni hibridaciones innecesarias. En esta nueva reordenación urbana, el norte representa el territorio de la opulencia, ligado a la 'ciudad de los ricos', en donde reside la clase social más acaudalada, reuniendo tanto a los descendientes de los 'viejos ricos' en saneada posición económica, como a los representantes de los 'nuevos ricos', integrada por los libaneses, y como no podría ser de otro modo a los 'defeños', participando todos estos grupos de un área privilegiada provista de grandes centros comerciales, instalaciones deportivas, equipamientos de ocio, hoteles, hospitales públicos y privados, zonas residenciales,... En claro contraste, en el sur, y ya en buena parte del centro, se escenificaba el entramado de la 'ciudad de los pobres', equipada de cementerios, zonas industriales contaminantes, parques descuidados, ruidos, tráfico, contaminación, tiendas de abarrotes desabastecidas..., instalados en las amplias y lejanas zonas habitadas por los grupos sociales menos favorecidos.

El proceso urbano observado en la ciudad yucateca de Mérida avanzaba de este modo hacia la degradación del centro histórico en unos barrios cada vez más abandonados por los tradicionales vecinos de clases medias que aspiraban a marcharse hacia la periferia suburbial situada al nor-este/oeste, lo más cerca posible del norte en donde se emplazan las áreas residenciales de los ricos, mientras el casco urbano pasaba a ser reocupado por las clases populares y la proliferación del comercio minorista, con los trastornos derivados, como siempre, del tráfico rodado, ruido viario, algarabía callejera, contaminación,.. Todo este cambio introducía una pérdida de la calidad de vida en una zona que tiempo atrás se vinculaba al poder urbano de las élites tradicionales. Esta conversión del casco histórico de las ciudades en un espacio degradado y estigmatizado formaba parte de un fenómeno global asociado a la tradición del urbanismo norteamericano, basado en la consabida periferización del centro, que en el caso de Mérida tuvo el efecto de romper a la ciudad en dos partes bien diferenciadas, el norte rico y el sur pobre, cuya depauperación se extendía cada vez más hacia el noble núcleo urbano que antes ejercía como espacio político central, desde donde se procedía a la redistribución jerarquizada de la riqueza local desde la oligarquía tradicional hacia las clases populares, a través de una insalvable relación

asimétrica entre ambas partes, que al menos vinculaba a los ‘ricos’ con los ‘pobres’ pese a la evidente desigualdad del reparto del excedente local.

A lo largo de este recorrido histórico, y al hilo del cambio de las élites locales cabe observarse cómo la configuración del espacio urbano de Mérida ha ido sufriendo importantes transformaciones. De esta manera, del tradicional control criollo sobre el centro de la ciudad se pasó a la elitización del norte como espacio residencial de los libaneses, para dar lugar seguidamente a la escisión norte/sur introducida por el nuevo contingente procedente de D.F. que se desplazaba a la capital yucateca.

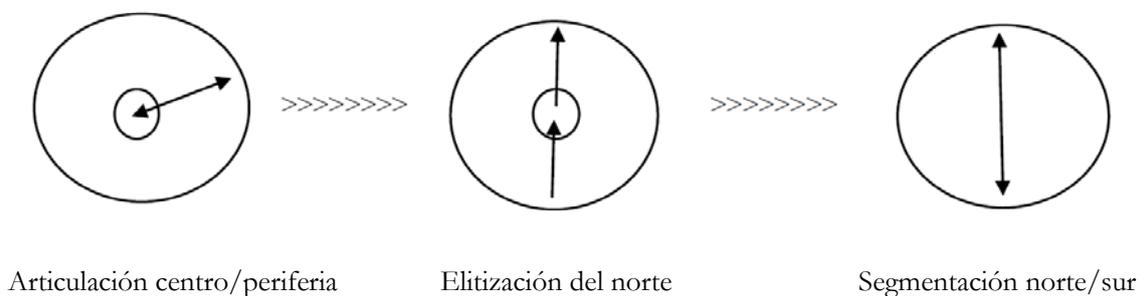


Figura 1. Fuente: elaboración propia

En síntesis, tal como reflejan las líneas de fuerza expresadas en el gráfico que sigue, el norte opulento se contrapone al sur depauperado en una solución de creciente segmentación, en donde se reducen al mínimo grado las interacciones entre ambas zonas, entendidas como áreas antitéticas. En esta situación, las clases altas residentes en el centro, y las clases medias que habitaban en la zona colonial se desplazan hacia el cotizado norte urbano ubicándose en torno a esta demarcación según sus respectivos niveles de solvencia económica. Ante el paulatino abandono del uso residencial de los anillos centrales, se asiste simultáneamente a una creciente penetración de la actividad comercial minorista, cuya saturación incita a la despoblación de aquellos inquilinos que aún se resisten a abandonar sus colonias tradicionales. Por último, la degradación del núcleo histórico y el abandono de la zona colonial se consideraba como una oportunidad por parte de las clases populares de un sur cada vez más empobrecido para afincarse en el corazón de la ciudad, con objeto de estar cerca de sus pequeños establecimientos comerciales. Esta ruptura urbana permite hablar de una ciudad cada vez más escindida cuyos habitantes viven en dos realidades distintas.

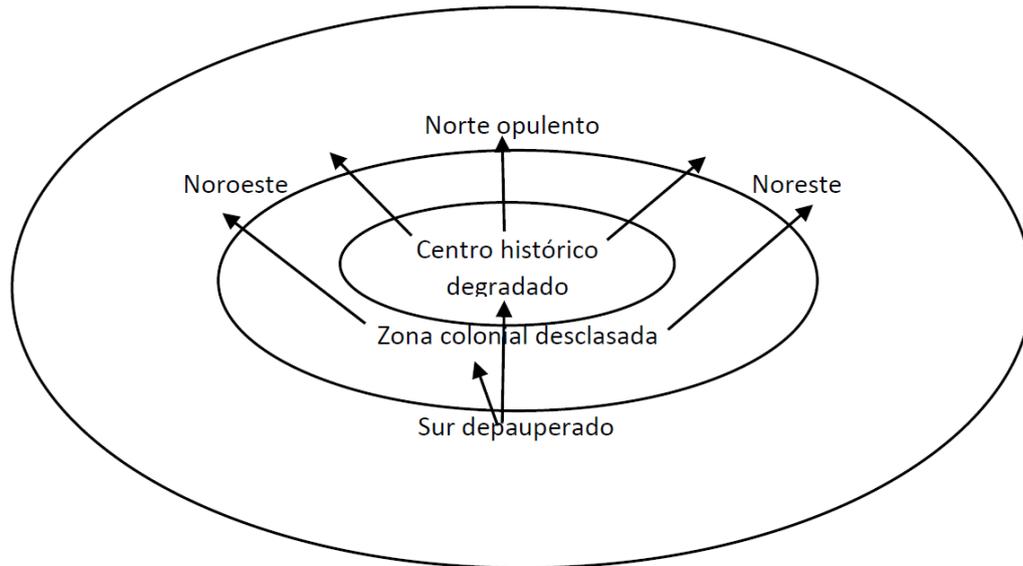


Figura 2. Fuente: elaboración propia

Sería interesante que algún futuro trabajo de investigación indagara en las similitudes de los cambios urbanos desarrollados en Mérida en correlación a los procesos observados en México capital D.F., pues en ciertos aspectos ambos contextos reproducen lógicas urbanísticas bien parecidas, dentro de un modelo general que se ensaya en muchas ciudades suramericanas de tradición europea, cada vez más inspiradas en los cánones del urbanismo norteamericano.

7. LAS DISTINTAS ESTRUCTURAS RESIDENCIALES DE LA RIQUEZA EN EL NORTE DE LA CIUDAD DE MÉRIDA

El definitivo asentamiento de los 'ricos' en el norte urbano de Mérida tendría sus traducciones arquitectónicas en unas estructuras residenciales que, a pesar de sus singularidades edificativas, que las tienen, se prestan a ser clasificadas en unas pocas categorías generales que permiten dar cuenta de los valores ideológicos de sus residentes. El abanico de la tipología básica a desarrollar se deriva de las representaciones polisémicas del concepto de la opulencia, en sus aspectos éticos y estéticos, más que técnicos, a través de las cuales los grupos dirigentes expresan su particular significado de la distinción en la forma de habitar. Estas mínimas reglas a emplear se harán girar en torno a tres principios elementales que se corresponden con sus correspondientes constructos teóricos, que adoptan la forma de estructuras 'opacas', 'traslúcidas' y 'transparentes', entendidas como

variantes cualitativas de la visibilidad social que parten de estas las estructuras elementales de la vivienda.

‘Hacerse visible’ en términos de prestigio económico y/o político equivale, según cada una de las élites locales consideradas, a adoptar una manera diferente de manifestarse ante los demás en función de la búsqueda de la reputación deseada, a modo de indicador del éxito alcanzado. En este sentido, la ‘estructura de la vivienda opaca’ se corresponde con un imaginario de la prosperidad en donde la riqueza deben permanecer oculta, sin necesidad de ser mostrada ante el foco de las miradas ajenas, no tanto por razones de austeridad, sino porque se entiende que el prestigio de quien la ocupa ya está debidamente acreditado. En cambio, ‘la estructura de la vivienda transparente’ permite a sus inquilinos demostrar la riqueza adquirida por quienes buscan en la exhibición una estrategia de revelación del nivel de estatus adquirido. Entre ambas polaridades, ‘la estructura de la vivienda traslúcida’ busca jugar con la doble lógica de la ocultación y la visibilidad como forma de representar la ostentación en términos intermedios, tal como sucedía en aquellas primeras casas en donde la tienda se conectaba con la trastienda, en una solución de continuidad entre lo público y lo privado. En este sentido, e independientemente del contexto de estudio seleccionado, la diferencia entre los ‘viejos’ y los ‘nuevos’ ricos se hace evidente a través de los indicadores plasmados en sus respectivas edificaciones, como regla de aplicabilidad general. Como ocurre con cualquier clasificación teórica, la hibridación entre las mencionadas categorías da lugar a variadas fórmulas residenciales intermedias, haciendo necesario identificar las lógicas dominantes y subordinadas de cada uno de los espacios construidos a fin de entender las diferentes estrategias de sus moradores.

En el caso de la ciudad de Mérida, la expresión arquitectónica de la riqueza muestra diferencias significativas según las valoraciones formuladas sobre los espacios residenciales habitados por la ‘*Casta Divina*’, cuyos miembros se inclinan en buena medida por seguir los principios de la estructura opaca de la vivienda, mientras que la habitabilidad característica de la ‘*Casta Libanesa*’ se asocia a la estructura traslúcida, al tiempo que un amplio sector de la clase ‘*defeña*’ es generalmente proclive al gusto por la construcción transparente. De este modo, la ostentación expresada desde el poder a través de las formas de construcción, contiene un significado particular desde el punto de vista de los ‘viejos ricos’, a través de la ocupación preferencial de unas residencias que nada deben de mostrar porque todo está demostrado, apostando de este modo por unas edificaciones que tienden hacia unas estructuras constructivas basadas en la privacidad. Por el contrario, desde la visión de los

‘nuevos ricos’, la estructura arquitectónica transparente forma parte de una estrategia de exhibición del estatus cuando se hace necesario mostrar lo que la casa contiene, en aquellos casos en donde aún falta por demostrar públicamente el grado de éxito de sus ocupantes. Por último, la traslucidez sería el resultado gradual de una combinación entre ambos términos, cuando tan sólo se muestran aquellos elementos que se interesan demostrar, jugando estratégicamente con la opacidad y la transparencia, tal como aplicaba al caso específico de la clásica ‘*casa-tienda*’ libanesa, en una resolución arquitectónica a medio camino entre la ocultación y la visibilidad.

7.1. El canon constructivo de la ‘*casa-fortaleza*’ como estructura arquitectónica opaca

Para los ‘viejos ricos’ que antes habitaban en el centro urbano de Mérida, la estructura residencial opaca de las grandes y nobles mansiones de antaño levantadas durante el porfiriato, se asumía como el factor constructivo dominante, un modelo hegemónico cuyas mismas lógicas se aplicaban a pequeña escala sobre las tradicionales viviendas de estilo colonial ocupadas por las clases medias, generalmente de ascendencia mestiza, asentadas en los círculos periféricos más próximos al epicentro local. En consecuencia, tanto las grandes mansiones señoriales de la oligarquía criolla como las casas coloniales edificadas alrededor del centro, estaban construidas sobre los cimientos de unos intangibles en donde la privacidad doméstica era un valor a defender, siendo el fachadismo de la vivienda el elemento principal que permitía evaluar la opulencia de sus ocupantes.

Con el desplazamiento de gran parte de la tradicional oligarquía meridana hacia los nuevos espacios urbanos de la opulencia, localizados al norte de la ciudad, el estilo de habitar de la ‘*Casta Divina*’ se reinterpretó partiendo de las fórmulas ya ensayadas en la Mérida tradicional, reproduciendo en estas nuevas áreas residenciales las viejas estructuras arquitectónicas de aquellos palacios solariegos. De este modo, el antiguo orden moral de la ‘*casa-fortaleza*’ asociado a los viejos moradores se impuso en las nuevas moradas de muchos de sus descendientes afincados en el norte.

Este modelo edificativo se materializaba en lujosas y al tiempo sobrias edificaciones, rodeadas de una pétrea muralla que a modo de caparazón impedía cualquier mirada externa desde la calle hacia la casa. En cierto modo, muchas de estas unidades residenciales se asemejan a auténticos baluartes que tratan de evitar mostrar por cualquier medio el interior de la vivienda a la mirada de ojos extraños. Rodeadas de verjas y bardas, con sólidas puertas

y portones blindados, dotada de pequeños vanos y balcones al exterior, además de otros marcados delimitadores arquitectónicos, la opacidad constructiva apuntaba hacia la preservación de la privacidad de sus residentes dentro de una vivienda rigurosamente cerrada hacia fuera. Siguiendo los cánones marcados por la antigua usanza, la presencia de un patio interior o trasero ofrecía ese valorado espacio de recogimiento doméstico al resguardo del espacio público.

En este orden moral, la construcción de estructura opaca antepone lo privado sobre lo público, la intimidad a la visibilidad externa, y el encapsulamiento familiar a la vida social en una calle en la que apenas existen vecinos, salvo unos pocos transeúntes que de vez en cuando aparecen y se pierden en la lejanía. En este marco de la opacidad propia de la opulencia tradicional, la familia se entiende como el eje vertebrador de la convivencia, en donde la mujer ocupa un papel central como organizadora el espacio interno de la vivienda, generalmente ejerciendo de ama de casa sobre las labores de un servicio doméstico a su entera disposición, la más de las veces de origen indígena debido al menor coste de su trabajo, reproduciendo con ello las viejas lógicas de la antigua hacienda. En general, la vida hogareña que transcurre dentro del muro de la casa posee un carácter exclusivista que no admite ser exhibido al exterior, evitando convertir cualquier actividad interna en un espectáculo público. Los conceptos del honor, la honra, la dignidad, el pundonor, el recato, la vergüenza, la reserva, la reputación,... están escritos sobre el lenguaje arquitectónico de estas casas cuyas grafías se aprenden a leer desde la más tierna infancia, incorporando con el tiempo una acumulación de capital simbólico adquirido que será aplicado ya en la vida adulta a través de un saber estar que aporta distinción social.

Frente a la privacidad interna, la sociabilidad externa se desarrolla en espacios privados y selectos, como pueden ser los clubes sociales de acceso restringido en base no sólo al nivel de renta, sino al estatus de los socios, en donde la afinidad social, y sobre todo los grados de parentesco, priman sobre el perfil económico de los admitidos, en donde el renombre más que la cartera marca el estatus del sujeto en cuestión. En términos generales, la construcción opaca tiende a ser la elección hacia la que se orientan moralmente aquellas familias acomodadas de apellido ilustre que no sienten la necesidad de mostrar ni de demostrar nada a nadie, dado que estas opulentas sagas meridianas de varias generaciones ya tienen un nombre hecho y una reputación envidiable, sin que exista necesidad de tener que publicitar su estatus en ninguno de los sentidos, ni para bien, ni para mal. En tales imaginarios el dinero no es poder, sino sólo un medio para obtenerlo.

Paradójicamente, no pocos *'defeños'* incorporaron este modelo constructivo de estructura opaca a la arquitectura de sus lujosos y suntuosos residenciales. El hecho de tratarse de una población foránea venida de México Capital, obviaba la necesidad de visibilizarse dentro del contexto vecinal, a lo que se les sumaba la característica sensación de desconfianza e inseguridad hacia una calle que en D.F. es considerada como un lugar peligroso. Estas y otras razones ya de índole personal, invitaban a algunos foráneos a poner en práctica la estrategia de cercar la vivienda para protegerla y ocultarla ante las amenazantes miradas ajenas, en una resolución residencial que se mimetizaba con la coraza de la privacidad aplicada por la vieja élite local, abriendo la posibilidad a la búsqueda de afinidades entre ambos grupos dirigentes.

7.2. La resolución arquitectónica de la *'casa-escapate'* como estructura constructiva transparente

Por el contrario, un considerable número de las residencias de los *'nuevos ricos'*, ubicadas en el norte de Mérida, obedecen a las lógicas globalizadas de una arquitectura internacional plasmada en una estructura transparente que las convierte en auténticas *'casas-escapates'* de morfología acristalada. Representando la forma cuadrangular de una gran urna dividida en una o dos plantas, este tipo de vivienda residencial se utiliza de manera estratégica para mostrar y demostrar la posición alcanzada por sus ocupantes dentro de la escala del estatus local, ofreciendo indicadores visibles que permiten medir el prestigio familiar de una casa concebida como símbolo de prosperidad, abierta a la contemplación sin tapujos de las miradas externas. Este tipo de construcción acristalada conocida popularmente como estilo *'Miami'*, fue introducida principalmente por los *'defeños'* a partir de su incorporación residencial en la península del Yucatán, haciendo furor en la ciudad de Mérida en torno a los años 80 del siglo XX, cuando la arquitectura transparente pasó a convertirse en un referente global a partir de los modelos residenciales edificados en la costa sureste de los Estados Unidos. En el contexto meridano, este tipo de construcciones acristaladas sólo tienen sentido cuando se introduce la nueva tecnología del aire acondicionado, a riesgo de convertir la casa en un verdadero microondas para sus habitantes.

El propósito exhibicionista de la vivienda transparente se funda en la idea de exponer los ornatos y el lujo acumulado, tanto fuera como dentro de la casa, descorriendo para ello las cortinas o dejando caer unos finos visillos sobre los ventanales, siguiendo con ello una calculada intención por visibilizar las interioridades de la vivienda. Dentro de estas colonias residenciales se trasluce una tendencia competitiva por exhibir la mayor opulencia posible, a

través de una puja que trata de demostrar quién posee la decoración más estilizada, el diseño más original, o el jardín mejor cuidado cuando se muestra en su parte delantera como un vistoso vergel puesto al descubierto de la retina ajena, al tiempo que el terreno de césped introduce una relativa distancia entre la casa y la calle a fin de preservar la privacidad que sus moradores pierden con la visibilidad.

La preocupación por la estética parece ser una constante en unas edificaciones residenciales inspiradas en el elegante estilo *boutique* de signo *chic* o *cool*, con focos halógenos instalados a propósito para resaltar estéticamente lo mostrado, o estilizadas efigies escultóricas estratégicamente situadas de cara al paseante. Indudablemente, la transparencia de la opulencia cuida mucho de la belleza de la vivienda, tanto por dentro como por fuera, y en este sentido se trata de una transparencia efectista que contiene un efecto-demostrativo, basado en cánones constructivos que emulan los estilos arquitectónicos más refinados asociados a las viviendas de las élites en ascenso, emulando en ocasiones las imágenes fotográficas extraídas de las revistas de diseño en boga.

No obstante, la representación estética de la transparencia oculta una opacidad en la ética que se revela a través de unas lógicas altamente competitivas en el contexto de unas clases acomodadas que tratan de exhibir un rápido ascenso económico que debe ser mostrado y demostrado públicamente ante los ojos de todos, haciendo uso e incluso abuso de una ‘vistosa visibilidad’ capaz de despejar toda duda sobre la solvencia de sus moradores. No deja de ser llamativo el hecho de que las estancias del salón, el estudio, a veces la cocina, que se dejan ver desde la calle están casi siempre vacías de vida, deshabitadas, desalmadas, ya que las dinámicas cotidianas se desarrollan en los espacios más interiores de la vivienda, las estancias más privados, que éstas sí, se hallan ocultas a las impertinentes miradas de ojos extraños. En estas casas el varón trabaja y la mujer también en sus respectivos negocios, mientras que los niños están en el colegio o en el *kínder*, como aquí se le llama a la guardería utilizando el vocablo alemán, de tal modo que durante este largo intervalo la residencia se queda vacía, salvo si acaso la presencia de un servicio doméstico de extrema confianza que atiende y vigila la casa.

A modo de emulación, muchas familias de condición económica más modesta y de gustos ‘*huache chilangos*’, en su afán de reproducir el diseño de estas casas ricas basadas en materiales acristalados, hicieron en su momento y siguen haciendo un notable esfuerzo económico tratando de reproducir a pequeña escala, en viviendas de a lo sumo 50 o 70 metros cuadrados, todos los lujos y pompas posibles que deben ser exhibidos a través de una

crystalera transparente, ahora sí ante la vista exterior de una vida cotidiana que ya no se puede ocultar en el interior de la estrecha vivienda.

Para niveles económicos superiores caben múltiples combinatorias posibles a través de la distinta integración de las estructuras elementales de la vivienda, y de hecho para los amantes de la discreta ostentación, existe la posibilidad de conjugar la opacidad hacia afuera, a través de grandes muros que protegen el interior de la casa desde la calle añadiendo la transparencia hacia dentro, en una residencia de grandes ventanales de cristal que no pueden ser vistos desde el exterior.

7.3. Las consecuencias perversas del urbanismo de la opulencia y la maldición de las profecías auto-cumplidas

No pocas profecías distópicas de la literatura y de la filmografía contemporánea apuntan críticamente hacia el futuro de unas ciudades en donde la polarización avanza hacia extremos intolerables, describiendo horizontes urbanos altamente desigualitarios que amenazan con instalarse en forma de anacrónicas realidades en el devenir del siglo XXI, superando incluso los alarmantes niveles de depauperación propios del siglo XIX asociados a la ciudad industrial, o rebasando los límites de miseria relacionados con las señoriales ciudades de base agrícola desarrolladas en siglos anteriores. En este sentido, el avance urbano observado en el actual contexto mundial ha de ser contemplado como un claro retroceso de las condiciones ciudadanas conquistadas a lo largo del siglo XX a través de intensas luchas sociales que desgraciadamente han ido quedando relegadas en las dinámicas de un presente continuo desprovisto de memoria histórica. En tales condiciones, el análisis literario y cinematográfico de los imaginarios urbanos descritos en ficciones tales como ‘Metrópolis’, ‘Un mundo feliz’, ‘1984’, ‘Blade Runner’, ‘Gattaca’, ‘Código 46’, ‘In time’,... vaticinan la posibilidad bastante probable de un sombrío porvenir en donde la estricta segmentación social propia de otros tiempos forme parte consustancial de un sistema ideológico basado en la aplicación de unos criterios de inclusión y exclusión que disuelvan las bases democráticas de los derechos ciudadanos, expresando con ello la consumación de un temor presagiado.

En la película ‘Metrópolis’, dirigida por Frinz Lang y estrenada en 1927, se describe un modelo urbano dual dividido entre los rascacielos de una paradisiaca ciudad destinada a los sectores acaudalados y un lúgubre gueto subterráneo donde habitan los explotados obreros. En la novela ‘Un mundo feliz’, escrita por Aldous Huxley y publicada en 1932, se plantea la

antítesis entre una sociedad tecnológicamente avanzada constituida por individuos artificialmente fecundados frente a unos atrasados salvajes confinados en una reserva periférica en donde se reproducen de forma natural. En '1984', redactada por George Orwell y editada en 1949, se parte de un escenario urbano dual que separa a la zona monotorizada, habitada por los miembros del Partido, del área donde se ubican los miserables barrios de casuchas ocupadas por las masas de los proles. En 'Blade Runner', dirigida por Ridley Scott y lanzada a las salas en 1982, se retrata la dualidad de una sórdida ciudad fortaleza en contraposición a unos degradados suburbios en donde subsiste la mayor parte de una población expuestas a altos grados de pobreza, violencia y de polución atmosférica. En el filme 'Gattaca', realizado por Andrew Niccol y llevado a la gran pantalla en 1997, se ofrece la proyección futurista de una ciudad en donde los seres genéticamente válidos habitan y trabajan en espacios altamente privilegiados, a diferencia de los denominados seres inválidos que, considerados como inferiores, viven en lugares marginales y realizan tareas denigrantes. En 'Código 46', película dirigida por Michael Winterbotton y proyectada en 2003, se especula sobre un futuro cercano en donde las clases pudientes habitan dentro del área de los espacios opulentos mientras que los grupos desclasados sobreviven en la zona de exclusión al límite de la subsistencia. Por tratar de poner un cierre sobre un extenso inventario de relatos distópicos, 'In time', realizada por Andrew Niccol y estrenada en 2011, plantea el escenario de una ciudad organizada en zonas horarias en donde los ricos que acumulan el tiempo sustraído a los trabajadores en forma de plusvalía laboral disfrutan de lujosos barrios residenciales frente a quienes instalados en humildes suburbios fuera de la abundancia sólo disponen del mínimo tiempo para sobrevivir en medio de la escasez.

Introducir algunos de los escenarios alegóricos propuestos por los imaginarios de la ciencia-ficción no es un recurso retórico ni gratuito, sino la constatación de unas profecías que están en camino de convertirse en realidad en un futuro próximo si no se introducen efectivas y generosas políticas democráticas que apuesten por la igualdad social en el reparto de una riqueza urbana que cada vez está más concentrada en menos manos, sobre todo en aquellas ciudades en donde la polarización social, política y económica ha sido una constante histórica desde el momento de su fundación hasta la actualidad, como es el caso particular de Mérida dentro de una amplia casuística general.

La creciente escisión sin apenas conexión entre la 'ciudad de los ricos', materializada en lujosas áreas residenciales, y la 'ciudad de los pobres', plasmada en penosas zonas chabolistas, ofrece uno de los paisajes urbanos que con mayor frecuencia se constatan en

un creciente número de ciudades latinoamericanas, africanas, asiáticas e incluso norteamericanas, ciudades zonificadas en áreas cada vez más infranqueables donde los visados entre una zona y otra pronto formarán parte de las convenciones socialmente aceptadas a través de la más que probable emisión de un pasaporte con sello administrativo que permitan el paso entre distintas áreas urbanas de la ciudad. Estos procesos de creciente desigualdad se extendieron e intensificaron ya a finales del siglo XX a través de unas políticas urbanas neoliberales que fueron haciendo de la ciudad un lugar cada vez más inhóspito para la supervivencia de las poblaciones más desfavorecidas, que recluidas en guetos, favelas, suburbios, arrabales, escombreras, basureros, villas miserias, bidonvillage, o barrios chabolistas, no disponen de más opciones para sobrevivir que las de huir, padecer, resistir o luchar por la conquista de unas condiciones dignas. Como inquietante reacción a esta degradación urbana aparece el fenómeno de las ciudades valladas, alambradas, albarradas o amuralladas, que ya están instaladas en el presente, a modo de urbanizaciones cerradas para los ricos que hoy forman parte de la realidad en muchas grandes urbes del mundo.

En los casos más extremos se asiste al fenómeno de unas ciudades convertidas en auténticos campos de batallas que han de ser tomadas por el control policial de unas fuerzas de seguridad que recrudecen la violencia urbana en las calles, provocando no pocas incertidumbres de cara a un inmediato futuro cada vez más abierto al conflicto. Las tasas de criminalidad de muchas de las grandes ciudades latinoamericanas de más de 300.000 habitantes, localizadas en Brasil, México, Venezuela, Colombia, Honduras, El Salvador, Guatemala, alcanzan las cotas más altas del planeta, seguidas de las de Estados Unidos, Suráfrica y Jamaica, entre otros puntos rojos localizados en el África subsahariana y en el entorno de algunas metrópolis asiáticas². Ante la falta de expectativas por parte de una población mayoritariamente joven, desprovista en muchos casos de servicios básicos tales como el agua potable, la electricidad, el alcantarillado, o la educación primaria, el crimen organizado, el tráfico de drogas y el negocio de las armas, brotan como salidas indeseables a una situación de miseria insostenible carente de cualquier tipo de esperanza, en donde la supervivencia depende de buscarse la vida ante la falta de posibilidades.

En tales circunstancias, el aumento de las desigualdades urbanas debido no sólo a la acumulación de las riquezas sino a su exposición pública ante la vista de todos se acaba convirtiendo en una insultante provocación para aquellos que teniendo poco que perder

² Informe 'Seguridad, Justicia y Paz'. Ranking de las 50 ciudades más violentas del mundo, elaborado por el Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y Justicia Penal A.C. En web seguridadjusticiaypaz.org.mx

exigen un futuro mejor donde habitar. Al menos, frente a la transparencia de los ‘nuevos ricos’, la opaca opulencia de la ‘vieja riqueza’ quedaba reservada al interior de las lujosas mansiones, evitando ofender la mirada de los dominados en la medida de lo posible. La creciente desigualdad urbana refuerza el consiguiente aumento de la vigilancia del espacio público a través de videocámaras panópticas estratégicamente situadas para detectar cualquier movimiento sospechoso, a lo que se suma la generalización de los servicios suministrados por empresas de seguridad privada contratadas para obtener tranquilidad a cambio de un precio ³. De hecho, la sobrevalorada ‘ciudad inteligente’ no es sino la dotación tecnológica de una infraestructura urbana al servicio de los intereses de la ‘ciudad de los ricos,’ en detrimento de una inmensa población que subsiste en las zonas más degradadas, habitando en los intersticios de una realidad analógica que dista de las ostentosas expectativas de la era digital.

En el caso paradigmático de Mérida, en donde la pobreza estructural ha sido una constante histórica, se asiste en la actualidad a una vuelta de rosca de los niveles de empobrecimiento de la mayor parte de sus habitantes debido a un acelerado y cada vez más alarmante aumento de los índices de desigualdad, que como siempre afecta sobre todo a la población indígena, la más vulnerable, relegada a la marginalidad ya desde los tiempos de la conquista castellana. El caso particular de la ciudad de Mérida lejos de ser excepcional, entra dentro de una alarmante casuística general bastante extendida en muchas urbes de latinoamericana en donde el reparto asimétrico de la riqueza aumenta de manera tan dramática como programática. La metamorfosis urbana experimentada en las últimas décadas se constata en el preocupante resquebrajamiento de una ciudad escindida en dos polaridades cada vez más antagónicas, reproduciendo el esquema de una dualidad espacial entre ricos y pobres que se ha desdoblado hasta alcanzar unos límites insostenibles al romperse el esquema integrativo entre el centro y la periferia introducido históricamente a partir de los tiempos de la conquista, a través de un modelo urbano importado ya desde entonces, diseñado a imagen y semejanza de las ciudades europeas.

Debe recordarse que en Yucatán, los conflictos derivados de la desigualdad entre grupos étnicos bien diferenciados entre sí tiene unos precedentes históricos que no conviene olvidar, so pena de que las semillas del pasado vuelvan a germinar en una situación tan quebradiza como la actual, suficientemente abonada para que rebroten los enfrentamientos

³ Smith, Neil; Observatorio Metropolitano; Rolnik, Raquel; Ross, Andrew; David, Mike (2009). Después del neoliberalismo: ciudades y caos sistémico. Ed. Bellaterra. Contra Textos. Museu d'Art Contemporani de Barcelona. Servicio de publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona.

larvados desde tiempos no tan remotos. En la versión oficial que se transmite desde las guías turísticas de Yucatán se describe al indígena maya desde el tipismo de la visión romántica del ‘buen salvaje’ roussoniano, retratado en un daguerrotipo que lo reduce a la condición de un aborigen extremadamente dócil, sumiso, manso y obediente, que asume sin discusión alguna el papel de grupo dominado que le corresponde dentro de un esquema de relaciones de poder impuesto por el grupo dominador, que desde la conquista castellana estuvo encarnada por la figura de los criollos. Este al menos tiende a ser el relato tranquilizador que se suele contar al foráneo que desconoce las cargas de profundidad que subyacen en el suelo que pisa durante su lúdica estancia en esa gira turística de quienes recorren estos bellos parajes tropicales, mientras disfruta de una experiencia propia de parque de atracciones que en poco se diferencia de aquellas proporcionadas por la factoría Disney.

Sin embargo, a pesar de que el discurso dominante representa al dominado como un ser absolutamente sumiso, la realidad histórica es bien distinta pues la dominación ha sido el resultado de una imposición de la fuerza que no ha siempre ha funcionado. De hecho, todos los que han nacido en las tierras de Yucatán comparten un secreto a voces en forma de relato trágico que apenas se verbaliza, y que casi no ocupa apenas renglones en los documentos oficiales que hablan de las bondades de la península caribeña, evitando alarmar con ello al turista bienintencionado que llega a estos parajes buscando el imaginario del paraíso. Desde la narrativa hegemónica se relega al rincón de la historia aquella confrontación que con el épico apelativo de la ‘Guerra de Castas’ enfrentó de manera cruenta durante 54 años, entre 1847 y 1901, a los nativos mayas contra los criollos, mestizos y mulatos, dadas las humillantes condiciones de sometimiento de los indígenas, reducidos a una ruín servidumbre rayana a la esclavitud. El sentimiento de injusticia hacia una desigualdad desmesurada despertó entonces un sentimiento de rebeldía en torno a las haciendas henequeneras que aún sigue latente en la memoria histórica de la población maya, cuyos rescoldos aún están lejos de haberse apagado en unas chispas que pueden prender si el viento de las desigualdades sigue soplando fuerte por estas tierras. De hecho, las movilizaciones indígenas en el Estado de Chiapas, próximo a Yucatán, dieron lugar en 1994 a un levantamiento indígena de base campesina liderado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), con el objetivo de luchar por la dignidad de los pueblos autóctonos que desde hace más de 500 años hasta la actualidad siguen padeciendo altos grados de explotación, desprecio, humillación y pobreza. En este sentido, la resistencia y la revolución entran dentro de unas opciones actuales que beben de los manantiales de la

historia, que no habrían de despreciarse ante los efectos de una desigualdad que resulta ofensiva. Entre muchas de las canciones populares actuales que claman y reclaman un trato digno a los grandes olvidados de la historia latinoamericana se deja escuchar los sonos de los ‘Hijos del cañaveral’ de Residente⁴, considerado por muchos caribeños como himno actual del movimiento pan-indigenista en el cono sur. Desconocer la historia, tal como expone la consabida máxima atribuida a Cicerón, condena a repetirla.

Tampoco a la otra orilla del ‘charco’, las viejas ciudades europeas ofrecen mejores augurios, amenazadas como están por la sombra de un espectro especulador que recorre sus calles para devolver al urbanismo a un tiempo pretérito marcado por aquellas crecientes desigualdades de antaño que ya se creían haber superado, haciendo desvanecer ante nuestros sorprendidos ojos toda esa serie de conquistas políticas alcanzadas a través de las luchas democráticas ciudadanas emprendidas a lo largo del siglo XX, sobre todo a partir de la segunda mitad de la centuria. A diferencia de las dinámicas contempladas en Mérida y buena parte de las metrópolis emplazadas en el sur y en el norte del continente americano, en las grandes ciudades europeas como Berlín, Londres o París, e incluso en el Nueva York de los años 60, así como en destacados municipios de nuestro propio país, ya sea en el centro urbano de Bilbao a partir de la instalación del Guggenheim, en los barrios de Chueca, Lavapiés o Malasaña en Madrid, en ‘*El Cabanyal*’ en Valencia, o en el ‘*Barrio Chino*’ (hoy Raval) en Barcelona, entre otros muchos más, a lo que se verdaderamente se asiste es a una revalorización de ciertos barrios singulares del centro histórico que entran dentro del proceso conocido bajo el término de origen británico que alude a la *gentrificación*, dentro de unas líneas de fuerza promovidas por los intereses de los sectores financiero e inmobiliario de comprar barato para vender caro, a fin de generar plusvalías dentro de las supuestas lógicas del mercado capitalista. En todos estos casos se confirma las dinámicas de una compleja secuencia en avance por fases que incluye al menos seis procesos distintos (expulsión, rehabilitación, reocupación, franquiciado, *turistización* y homologación) asociados a una transformación urbana orientada hacia una creciente elitización del centro de las ciudades, cuya centralidad se revaloriza de manera exponencial, más allá de su riqueza patrimonial.

La primera etapa de la *gentrificación* se activa con la gradual expulsión del centro urbano a la periferia de la ciudad de buena parte de los vecinos de ascendencia popular con bajos

⁴ Nombre artístico del músico de rap y compositor de origen puertorriqueño, René Pérez Joglar, cuyas letras contienen un destacado componente social y político en defensa de los derechos de los pueblos indígenas. ‘Latinoamérica’ es otra de sus más conocidas canciones, que para muchos de sus oyentes es un alegato emblemático del continente latinoamericano.

ingresos, además del pequeño comercio tradicional, que habitaban en unas zonas barriales degradadas en torno a un casco histórico dotado de un alto valor patrimonial. En una segunda etapa, se procede a la puesta en marcha de rehabilitaciones y reconstrucciones de los edificios antes ocupados por la población evacuada, inmuebles que una vez reformados y mejorados son puestos a la venta con destino a los nuevos residentes de clase acomodada, con la consabida revalorización del espacio residencial, tanto en régimen de propiedad como de alquiler. En paralelo a este proceso de incorporación de los nuevos ocupantes, el pequeño comercio pasa a ser sustituido por cadenas franquiciadas de firmas globales que transforman el barrio popular en una zona de alto prestigio. El ‘efecto llamada’ de la nueva ‘zona de moda’ atrae al casco histórico a nuevos residentes y comerciantes de mayor nivel adquisitivo que revitalizan el barrio antes degradado. Finalmente, se asiste al último tramo del proceso que gira alrededor de la promoción del turismo internacional, la restauración de gourmet y la hostelería de calidad, con el resultado último de convertir el centro urbano en un espacio de consumo impersonal y anónimo para todos quienes económicamente puedan permitírselo. La incesante subida del coste de la vida que se introduce en el área prestigiada, los altos niveles de contaminación acústica derivados del bullicio reinante, o la ocupación del espacio público por la instalación cada vez más masiva de veladores a la caza del cliente,... acaban provocando el desalojo de los últimos vecinos que se resistían a abandonar unas viviendas que dejan de identificarse con sus enraizados lugares de vida, lográndose con ello la homologación del entorno como zona ‘saneada’.

En todos estos casos contagiados por las dinámicas de la *gentrificación*, las geografías de la desigualdad de las ciudades europeas se transforman siguiendo justo las lógicas contrarias de la ocupación del suelo en la capital yucateca, dado que en estas lógicas de la transformación urbana se viene a consolidar el eje centro/periferia, en un orden en donde el casco histórico y su contorno se revalorizan, los suburbios se degradan ante la falta de inversiones públicas, y la periferia adopta distintas resoluciones según apliquen unas u otras medidas. En tales condiciones, la ‘*urbanización*’ de la ciudad europea está servida a través de la homologación de un paisaje urbano basado en un mismo esquema rector reproducido en distinto grado a escala global.

En cualquiera de las circunstancias contempladas, la falta de políticas de igualdad urbana va generando desigualdades, las desigualdades resistencias, las resistencias conflictos, los conflictos violencias, y las violencias involuciones urbanas, si no revoluciones, que entran en oposición con los poderes establecidos. El acceso todavía posible a las nuevas

tecnologías de la información, la creación de novedosas formas de organizaciones solidarias, y las crecientes oleadas de protestas a través de movilizaciones ciudadanas que reclaman la democracia participativa, hacen que los grupos dominados se piensen más empoderados a la par que empobrecidos, plantando cara a los embates de la ciudad neoliberal. Cuando muchos de estos grupos emergentes comienzan a cobrar conciencia de su situación de vulnerabilidad dentro de un contexto urbano construido sobre las estructuras políticas y económicas de la desigualdad, el malestar popular salta a la calle para transformarse en movilizaciones sociales que reivindican un nuevo contrato político para la ciudad a través de un intercambio de bienestar por seguridad capaz de garantizar la paz colectiva. La evidencia histórica demuestra que una sociedad desigualitaria es un campo de minas dispuestas a estallar cuando se pisotean ciertos derechos básicos que a estas alturas de los tiempos que corren ya tendrían que ser avalados y sustentados por unos poderes públicos democráticos que apuesten por la convivencia ciudadana.

Si somos como nuestras casas, y nuestras ciudades, el reto está en construirlas de acorde a los derechos ciudadanos basados en los principios revolucionarios de la fraternidad, la igualdad y la libertad, enunciados justo por este orden dentro de un balance equilibrado, sin dejarse a ninguno de estos valores en el tintero, como acostumbran a plantearse quienes piensan y actúan desde una ideología urbana tan insolidaria, incívica y despiadada como la que en la actualidad nos toca padecer a la inmensa mayoría de los ciudadanos, en donde se recortan gastos sociales y se diluyen inversiones públicas. Una ciudad orientada hacia los ideales igualitarios necesita de instituciones democráticas que defiendan el valor de unos derechos civiles legalmente reconocidos y ejercidos en la práctica. Para ello se hace necesario apostar por una nueva geografía política y económica que redefinan las lógicas urbanas de nuestras ciudades a favor de la inclusión de todos los ciudadanos, sin distinciones ni excepciones

BIBLIOGRAFÍA

Castilla Ramos, Beatriz M. y García, A. (1980) “Mujeres, telares y patíes: el Yucatán colonial”. *Historia y economía*, n° 20, pp. 46-68.

Castilla Ramos, Beatriz M. (1999) “Maquiladora en Yucatán: una polémica en boga”. *Tiempo Económico*, n° 29. Mérida, Yucatán.

Castilla Ramos, Beatriz M. (1999) “Presencia de la industria maquiladora en Yucatán”. *Informaquila*, n° 3. Mérida, Yucatán.

Cuesta Ávila, Rafael (2001) *De la tumba a la vivienda. Reflexiones desde la antropología urbana sobre la Mérida yucateca del 2000*. Mérida, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán.

Cuesta Ávila, Rafael (2008) *Crónicas de Yucatán. Tres experiencias etnográficas en el sur de México*. Granada, Editorial de la Universidad de Granada.

Cuesta Ávila, Rafael (2011) “Procesos de asimilación y resistencia urbanas en el marco de la globalización. Aproximaciones al barrio ‘Chino’ de Barcelona y al barrio de ‘El Cabanyal’ de Valencia”. *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, n° 2, pp. 104-146.

Frampton, Kenneth (2009) *Historia crítica de la arquitectura moderna*. Barcelona, Ed. Gustavo Gili.

Diario de Yucatán (1998) “Los edificios del centro histórico y Montejo, con precios exorbitantes”, Sábado 05.09.98, sección local. Mérida, Yucatán.

Diario de Yucatán (1998) “El patrimonio arquitectónico meridano de principios de siglo. Miércoles”, 09.09.98, sección local, Mérida, Yucatán.

Diario de Yucatán (1998). “Hacinamiento, calor y pérdida de calidad de vida. Las casas de interés social, una ‘bomba del tiempo’”, 11.10.98, sección local, Mérida, Yucatán.

Hannerz, Ulf (1986) *Exploración de la ciudad*, México, FCE.

Harvey, David (1989) *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid, Siglo XXI.

Lara Navarrete, Ileana B. (1998) *Estilos arquitectónicos de Mérida. Historia ilustrada, desde su fundación hasta la actualidad*. Yucatán, Ayuntamiento de Mérida, Dirección de Desarrollo Urbano, Ed. Dante.

López Moreno, E. e Ibarra Ibarra, X (1996) “Diferentes formas de habitar el espacio urbano”. *Ciudades*, n° 31, pp. 29-35.

Muñoz, Francesc (2008) *Urbanización: paisajes comunes, lugares globales*. Barcelona, Ed. Gustavo Gili.

Rasmussen, Christian H. (1980) “Una ciudad en la ciudad”. *Yucatán: Historia y Economía*, n.º. 20, año 4.

Redfield, Robert (1944) “La Península de Yucatán” en Redfield, A. (ed.) *Yucatán, una cultura en transición*. México, FCE, pp. 17-37.

Trujeque Díaz, José Antonio (2000) “Ciudades rotas. La experiencia de la globalización en ciudades de la frontera noroeste de México”. *Cuadernos del CENDES*. Año 17, n.º. 43. Segunda época (enero-abril), pp. 1-28.

Soja, Edward W. (2000) *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Oxford, Blackwell.

Veblen, Thorstein [1899] (2014) *Teoría de la clase ociosa*. Madrid, Ed. Alianza.

Recepción: 4-1-2019

Aceptación: 12-4-2019